tombooktu.com

Ana González Duque

El blog de la Doctora Jomeini

www.chicklit.tombooktu.com

El blog de la Doctora Jomeini

El blog de la Doctora Jomeini

El lado oscuro del quirófano

Ana González Duque

www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#doctorajomeini

Colección: Tombooktu Chicklit
www.chicklit.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: El blog de la Doctora Jomeini. El lado oscuro del quirófano
Autora: © Ana González Duque

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
editorial@nowtilus.com
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-11-6
ISBN Digital: 978-84-9967-396-7
Fecha de edición: Julio de 2012

Maquetación: www.taskforsome.com

Hola: me llamo Jomeini y soy blogadicta

Buscando piso

Empanada de bonito y otras delicias del trabajo

¡He encontrado piso!

Odio las mudanzas

Preparando el quirófano

Primera guardia de Urgencias

Ikeando, que es gerundio

La primera espinal y La Nazi

Compartir piso

La máquina de anestesia

En quirófano

Primera fiesta de residentes (I)

Primera fiesta de residentes (II)

Claridad mental

Llamada telefónica

Siempre me enamoro de quien no debo

Anestesia y las matemáticas

Clase de danza

Sorpresa, sorpresa

El parto

«Errare humanum est»

Guadalberto y el mal de amores

Aguas menores

Parole, parole, parole

El día de la castaña

La lectura del agua

Urgencia vital

Cita a ciegas

Vida real

Vacaciones

Guardia de Fin de Año

Quiero ser una chica bombón

La vida es un reality show

Guindillas y pimiento morrón

El toro por los cuernos

La pre-cita

La cita

Orlando

Tiempo

J y la llamada de teléfono

Carnaval, carnaval

Los hombres son la leche

La suegra

Estrategias

Doña Pasita o el don de la paciencia

Calamity J

Doña Perfecta

Amor escondido

Los misterios del Valsalva

Paella en perspectiva

Comida familiar

La revelación

En las nubes

Decisiones

Conversaciones

Mosca

De los nervios

Padres

El mensaje

Quien oye, su mal escucha

El veneno de la serpiente

Uffff

Sin paracaídas

Ropa tirada

R2

Fragmento de *Redes de pasión*

Para mi familia, sí, incluso la política.

Para los anestesistas: chicos, por fin el protagonista no es un cirujano.

Y para los lectores del blog —el real— que recuperaron mi ilusión por escribir.

En España, para obtener el título de Especialista en Anestesiología se debe pasar un examen a nivel nacional: el MIR. A partir de ahí, una vez escogida la plaza, el *anestesioblasto* se enfrentará a cuatro años de formación MIR —llamados vulgarmente *La Residencia*— en los que aprenderá a lidiar con el lado oscuro del quirófano guiado por sus adjuntos, médicos especialistas. Los residentes llaman a cada año de especialidad *R* seguido de un número que significa el año de Residencia en el que se encuentran: R1, R2, R3 ó R4. A sus compañeros de año, los denominan co-R.

Hola: me llamo Jomeini y soy blogadicta

10 de mayo de 2010

¿Doctora Jomeini? Sí, ese es mi nombre. Me bautizó así un amigo al que puse a dieta *fundamentalista* para adelgazar. ¿No sabéis quién soy? No me extraña. No soy famosa y tampoco creo que lo sea en breve. Tengo veintiséis años y soy canaria. Mido un metro setenta y seis. Soy morena. Y por esos avatares de la vida, en una semana, seré una de las residentes que entren a trabajar en el Servicio de Anestesiología del Hospital Nuestra Señora de Cristal en Madrid.

El avatar de la vida al que me refiero, en concreto, se llama Roberto. Y era mi novio desde hace dos años. El día después de escoger mi plaza de residente en su ciudad me llamó para decirme que estaba con otra. Que ya me lo podía haber dicho dos días antes, vamos, digo yo. Consecuencia: heme aquí, en Madrid, sin novio y sin casa, a punto de empezar a trabajar y más perdida que una virgen en un burdel.

Por el momento, estoy de okupa en el sofá de mi amiga Lula, pero mañana, aparte de una nueva vida, empiezo a buscar piso. Y hoy he decidido abrirme un blog. Básicamente porque Lula, después de tres noches de lágrimas y clínex, me ha dicho: «¿Por qué no te abres un blog? Te servirá de válvula de escape». Yo creo que lo ha dicho porque está harta de oírme gimotear, pero vale, ¿quiere que escriba un blog?, pues voy a hacerlo.

Estoy segura de que Tolstói mientras escribía *Guerra y Paz* no tenía que pensar en buscar piso, ni en las lavadoras que le quedaban por recoger. Y Agatha Christie, mientras metía la nariz en los libros de venenos, no tenía que preocuparse de lo que le quedaba por estudiar. En otras palabras, que independientemente de la cantidad de oportunidades de quedar como una imbécil total que te ofrece un blog, no tengo tiempo para ser escritora en serio, y, como no tengo

dignidad que perder y sí muchas horas muertas, me decidí y aquí estoy, zambullida de pleno en una *blogadicción* y dispuesta a contaros mi vida y milagros.

¡Cielos! ¡No puedo creer que esté haciendo esto!

Buscando piso

11 de mayo de 2010

Buscar piso en Madrid es más difícil que encontrar un tío *coca-cola light* en una Facultad de Telecomunicaciones. Lo primero que tenéis que saber es que la gente miente. Mienten como bellacos.

Si el anuncio pone: «Apartamento céntrico con vistas sobre zonas verdes ideal para parejas», una debe leer entre líneas: «Apartamento —cuchitril— céntrico —te voy a cobrar el doble de lo que vale— con vistas sobre zonas verdes —una única ventana en toda la casa que, además, está tapada por un árbol— ideal para parejas —que se quieran mucho, porque si no, no caben».

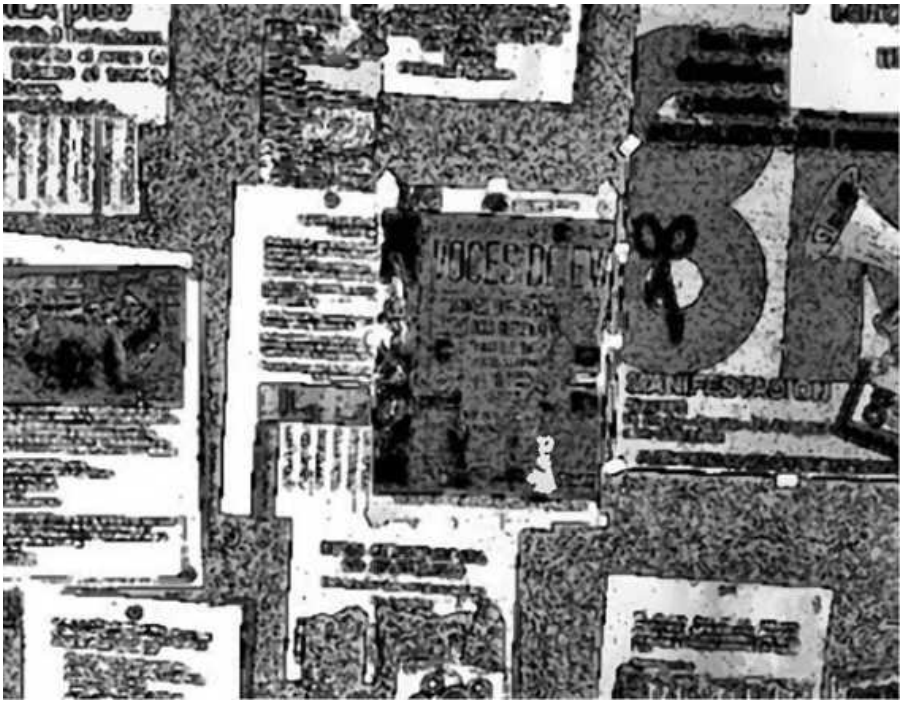
Pues eso. Quedé con varios propietarios, a cual peor. El primero me enseñó un piso en el que la Familia Adams se habría sentido a sus anchas, con cortinajes de terciopelo, oscuro como la boca de un lobo y con una capa de polvo de un centímetro de grosor.

Los segundos eran una pareja de ancianos que me enseñaron un piso, según ella, de lo más coqueto. Lleno de tapetes de ganchillo, hasta la escobilla del váter tenía uno, lo juro. Y en las mesillas de noche, de adorno espectacular una pareja disecada de gallina y gallo. De lo más chic.

El tercer propietario me enseñó una casa que no estaba del todo mal, pero tenía que compartirla con su hija: una tipa de un metro ochenta, con el pelo teñido de rosa y *piercings* hasta en el carné de identidad, que lo primero que hizo fue mirarme el escote con lascivia. Como que paso.

Desesperada, he dado una vuelta por el hospital y he cogido un par de teléfonos del tablón de anuncios, a ver si encuentro a alguien con quien compartir. Por ahora, sigo de okupa del sofá de Lula. Su novio y ella deben de estar de mí —y del constante reguero de clínex por las llantinas que me acosan— hasta el mismísimo moño.

Mañana empiezo a trabajar. Y cuando salga del curro volveré a intentarlo.



Empanada de bonito y otras delicias del trabajo

18 de mayo de 2010

Hoy nos han citado en la zona de Recursos Humanos del Hospital a un grupo pequeño de residentes para solucionar los papeleos previos a empezar a trabajar. Cuando he llegado, sólo había una chica delgada, espectacularmente guapa, que miraba el mundo desde lo alto de unos Jimmy Choo de cuero blanco.

—Hola —la he saludado—. Soy Jomeini, la R1 de Anestesiología. ¿Y tú?

—Ay, qué guay, cóoooomo mola —dijo la diosa, batiendo las pestañas— Soy tu co-R.

—Ah, estupendo —respondí con voz débil. Oh, sí, va a ser estupendo para mi ego trabajar codo a codo con la portada del *Vogue* todos los días.

—¿Sabes cuántos somos hoy? —me pregunta Miss Vogue, mientras se atusa la melena dorada, que le cae por el hombro derecho.

—Creo que somos diez: los cinco residentes de Anestesia, tres de Cirugía General y dos de Traumatología.

—Oh, mira, creo que ahí vienen.

Entraron dos chicos más. Uno alto, desgarbado, con cara ligeramente parecida a la de un hipopótamo afable. El otro, con una chupa de cuero y mirada de *aquí estoy yo para comerme el mundo*. Llamémosles Hippo y ElReydelPolloFrito: los *resis* de Traumatología.

Detrás de ellos, dos chicas con pintas de tener un palo metido en el culo. Casi gemelas: rubias, bajitas, delgadísimas, con los labios fruncidos en una mueca de asco. Vienen hablando con un tío gordito, con pinta de agobiado. Veamos: las señoritas Rottenmeyer y Twinky Winky. O en otras palabras: los tres *resis* de Cirugía General.

Faltan por llegar tres de mis co-R.

Casi cuando estamos empezando, entran una chica y un chico hablando animadamente. Ella es algo mayor que nosotros y parece normal, gracias a Dios. El chico tiene cara de perrito apaleado y nos mira a todos con angustia. Mis co-R. Ya sólo falta uno.

Nos sentamos y atendemos a un repeinado que nos va indicando los papeles que debemos entregar y los trámites que debemos hacer, cuando se abre la puerta y entra el tío más guapo que había visto en mi vida. ¿Sabéis ese anuncio típico de colonia en el que el chico —siempre espectacular, guapo a rabiar, tabletita de chocolate— pasa y todas las chicas se derriten a su paso? Ese fue exactamente el efecto que causó el Adonis cuando entró en la sala y se sentó.

¡Dios! Este ser de otro mundo va a compartir conmigo sus días. Me va a dar el infarto. Y lo mismo que yo deben estar pensando el resto de las féminas de la sala, incluidas las cirujanoblastos que han borrado por un segundo la mueca de asco de sus boquitas de Barbie.

El repeinado nos va preguntando, sin coscarse de nada, por qué hemos elegido la especialidad que vamos a comenzar hoy. Su dedo busca al primer voluntario y se detiene en el Adonis. Incapaz de resistirse a sus encantos, dice:

—Tú. Dinos cómo te llamas, qué especialidad vas a comenzar hoy y por qué la has elegido.

El Adonis se levanta, revelando un pedazo de abdomen moreno y comestible.

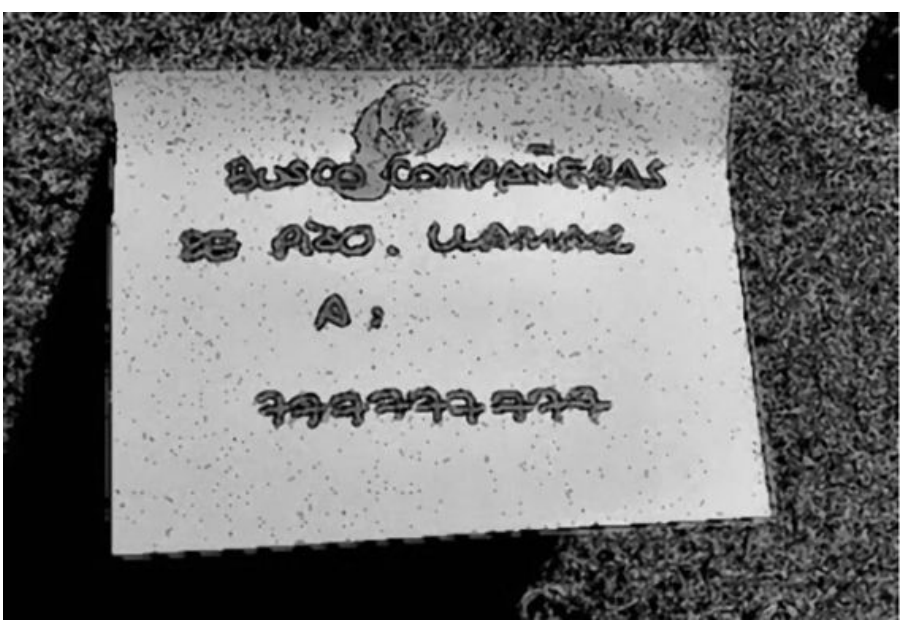
—Soy… —¡Qué voz!— Voy a hacer Anestesiología. —¡BIEEEEN! —Y empieza a reírse de la manera más idiota del mundo—. No sé por qué, jejejeje, algo tenía que hacer.

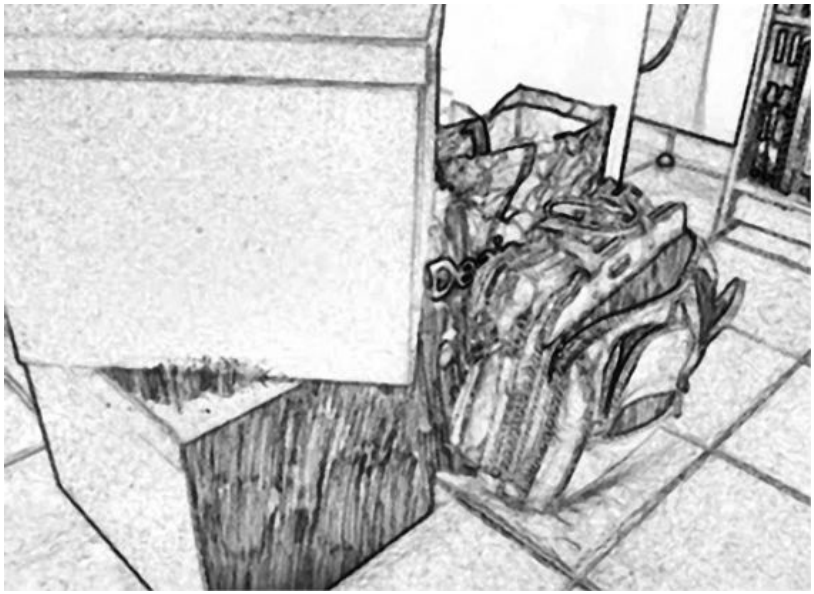
Sonó como una nota falsa en medio de una melodía perfecta. Vale, la naturaleza es sabia y ha compensado un exterior incomparable, con un interior de empanado total. En resumen, una empanada de bonito.

¡He encontrado piso!

21 de mayo de 2010

Sólo una nota breve para informar que, desde mañana, abandono oficialmente el sofá de Lula y de su novio para instalarme en un piso de cuatro habitaciones con tres compañeras. Chiara, una italiana gordita y sonrosada, ayudante de dirección de una empresa; J, una chica delgadita con el pelo lila, microbióloga; y Serena, un nervio puro —a pesar de su nombre—, MIR como yo, pero de Radiología.





Odio las mudanzas

23 de mayo de 2010

La verdad es que no era mucho lo que tenía que mudar de casa de Lula a mi nuevo nidito. Mis pertenencias estaban metidas en cuatro bolsas grandes de basura y dos maletones que me traje de casa de Roberto el día de la gran ruptura. Pero, como la casa de Lula y el piso donde voy a vivir ahora estaban a sólo dos calles, decidí que era ridículo contratar un transporte. Que yo solita podía darme el paseo e ir acarreando las cosas. Grave error.

El día que elegí para la mudanza hacía un sol que derretía las piedras. Primero, llevé la maleta más grande llena de libros y de zapatos. Esta adicción a comprar libros y zapatos tiene que terminar antes de mi próxima mudanza. A pleno sol. Sudando como un pollo. Con los conserjes de los edificios diciéndome: «Guapa, que te derrites», con ese desparpajo que tienen los madrileños. Llegué al piso. Mis compañeras no estaban, así que aparqué el maletón en medio de mi habitación y volví a salir.

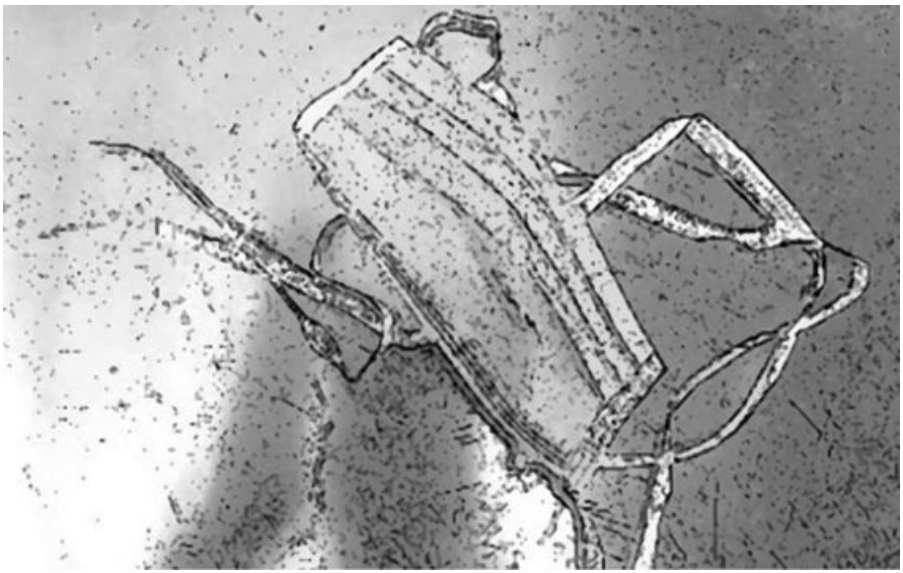
Cuando acarreaba la penúltima de las bolsas de basura, el tiempo decidió hacerme la puñeta por su cuenta y se puso a llover. En Madrid, en primavera, no llueve: diluvia. Así que llegué, de nuevo, al piso empapada. Pensé que era absurdo cambiarme para ir a buscar la última de mis bolsas de basura, porque después de todo, iba a volver a mojarme, así que salí tal cual a enfrentarme con los elementos.

Pero los hados, no contentos con calarme hasta los huesos, decidieron jugarme una mala pasada más. Cuando me faltaban diez metros para llegar, veo que bajo un paraguas, se acerca ElReydelPolloFrito, el residente de Traumatología. ¡Y yo con estas pintas! Levanto la bolsa de basura intentado esconderme detrás, mientras la señora de la frutería de debajo de mi casa me mira, con cara de sospecha. Después de todo, me ha visto pasar con dos maletas y cuatro bolsas de basura. A lo mejor, se cree que estoy traficando con

algo. Le sonrío desde detrás de mi bolsa de basura cuando, de pronto, algo me detiene bruscamente. Me he chocado con una farola. La bolsa de basura se balancea peligrosamente y cae, abriéndose y desparramando todo su contenido por la acera empapada: compresas, tampones, la Epilady, crema suavizante, maquillaje, anticelulítica… todos esos pequeños secretos que nunca quisiste que nadie supiera, a la vista de todo el mundo.

—¡Ejem, ejem! —carraspea alguien a mi lado. Levanto la vista y me encuentro con la sonrisa de oreja a oreja de ElReydelPolloFrito—. ¿Te ayudo?

No me quedó más remedio que decirle que sí.



Preparando el quirófano

3 de junio de 2010

Cuando era pequeña, mientras las demás niñas soñaban con ser princesas y desfilar vestidas de merengues rosas, yo soñaba con ser bruja. Me parecía un verdadero chollazo. Una princesa tenía criados, palacio, pasta gansa y tal, pero también tenía que asistir a actos oficiales —¡Ufff!—. Y, como al pueblo se le cruzara el cable, ni criados, ni palacio, ni pasta. En cambio, las brujas... con sólo chascar los dedos, podían conseguir lo que quisieran y tenían una superescoba —tipo la Nimbus 2000 de Harry Potter— con la que volar de un lado para otro, sin colas para facturar ni narices.

En fin, aunque alguno piense que ya he conseguido lo de ser bruja —después de todo, una tiene una fama y una reputación que mantener —, lo cierto es que lo más próximo a ese sueño infantil que he conseguido es preparar el quirófano para la intervención. Llego por la mañana cuando todo está en calma y me pongo manos a la obra, mezclando fármacos y sueros, como ingredientes en la marmita, para luego administrar una pizca de aquí y otra de allá… —todavía con una chuleta para no equivocarme—. Y, luego, haces tu magia y envías a alguien a volar para traerlo de regreso en el momento preciso.

Lo único malo es que tú te quedas en tierra oyendo el bip de una máquina.

Primera guardia de Urgencias

8 de junio de 2010

Ayer, Miss Vogue y yo hicimos nuestra primera guardia de Urgencias. Llegué hecha un flan. Y tener a Miss Vogue a mi lado, con sus zuecos de diseño y su fonendo de Dolce & Gabanna no mejoró precisamente mi estado de ánimo.

—Hola, somos las R1 de Anestesia. —Le dije a una médico alta y morena con pinta de agobiada.

—Ah, vale. —Me respondió. Y siguió a lo suyo.

Miss Vogue y yo nos miramos con cara de niñas perdidas en las rebajas. Mi co-R hizo un mohín con sus labios perfectamente delineados y yo decidí reintentarlo.

—Es que… tenemos guardia aquí hoy.

—Haber empezado por ahí. ¿Cómo te llamas? ¿Y tú? Bueno, da igual, dentro de dos horas no me acordaré de cómo os llamáis. Yo soy La Superesa, vuestra adjunta de hoy.

Las dos asentimos, sin saber muy bien cómo responder a tanto entusiasmo. La Superesa nos lleva a un mostrador y nos pone en la mano un pliego de papel a cada una.

—Estos son vuestros primeros pacientes —nos dice—. El tuyo —añade, dirigiéndose a Miss Vogue— es un varón de 28 años que acude por dolor testicular. —Miss Vogue pone cara de palo, pero La Superesa no se amilana— Históriálo. Explóralo. Quiero que me traigas un diagnóstico diferencial y me digas qué pruebas piensas que debes pedir.

—Pero… —Miss Vogue no da crédito a sus oídos— ¿No vas a venir con nosotras a verle?

—Ya no eres estudiante, guapa —le contesta La Superesa con sorna —. Bienvenida a la realidad.

Miss Vogue coge el pliego que le tiende con un ademán contrariado y se encamina al cubículo.

—Y tú —me dice entonces La Superesa— tienes a una señora de noventa años con dolor abdominal. Lo mismo.

Con mi pliego entre las manos, me encamino al cubículo. Según lo que pone la enfermera de triage en la parte posterior del papel, mi paciente no padece de nada importante ni es alérgica a ningún medicamento.

—Hola —saludo— soy la Doctora Jomeini. ¿Qué le ocurre?

La señora parece una gallina. Es delgada, con una nariz aguileña que es igual que un pico. El pelo blanco y suave corona su cabeza como si fuera plumón.

—Me duele la barriga.

—¿Desde cuándo? —pregunto, formulando la segunda pregunta hipocrática.

—Hummm, hace unos meses, la verdad, pero me dije «de hoy no pasa».

—Y, ¿cree que tiene relación con algo?, ¿con algún alimento? ¿O le duele más a alguna hora del día en concreto?

A medida que voy formulando preguntas, ella las va negando moviendo su cabeza coronada de plumas blancas.

—A ver, déjeme explorarla… —la ausculto primero. Los ruidos intestinales son normales. Empiezo a palparla y mis dedos tropiezan con algo duro. De hecho, la mitad aproximada de su abdomen tiene una consistencia leñosa.

—Er… espere un momento… Va a haber que pedirle unas pruebas —o eso creo, aunque en este momento, me he quedado en blanco— estooo… vuelvo en un minuto.

Busco a la adjunta de Urgencias en el maremágnum de caras desconocidas y, al final, la encuentro en uno de los cubículos del fondo haciendo una exploración neurológica.

—Perdona, Superesa, es que mi paciente tiene la mitad de la tripa dura.

Ella me mira con cara de suficiencia y veo, como si estuviera escrito con neón en su frente, que piensa que soy idiota.

—Pues será caca —responde aburrida de todo.

—Yo creo que no. ¿Te importaría venir a explorarla conmigo?

Pone un gesto de fastidio, pero se cuelga el fonendo al cuello y me sigue. A medida que va palpando el abdomen de mi galli-paciente, la

expresión de suficiencia va dando paso a una expresión de sorpresa. Cuando salimos del cubículo, me susurra: —Tiene una masa abdominal enorme. Vamos a pedirle una TAC. Y también analítica y un preoperatorio completo, por si va a quirófano.

Luego, parece recapacitar sobre cómo me ha tratado y me mira a los ojos, mientras una media sonrisa le desdibuja la boca prieta.

—Bien hecho, doctora. Buen comienzo.

Y, de golpe, siento que el nudo de nervios de mi estómago desaparece. Y me pongo a trabajar. Sin miedo.

Ikeando, que es gerundio

18 de junio de 2010

Después de tres semanas —cual princesa del guisante— sin dormir, gracias a un resorte del colchón que me ha tocado en el reparto de los dormitorios del piso, me decidí a comprar una cama y a poner coqueta mi leonera. Así que, ni corta ni perezosa, le pedí prestado el coche a Lula y me plantifiqué en Ikea. Una vez allí, me encontré con dos problemas:

- Pasear por Ikea es como comer pipas: vas picoteando y picoteando y sólo te das cuenta de lo que has comido cuando te escuece la sal de la factura en los labios.

- Y, una vez pagado el picoteo, el segundo problema es que hay que ser experto en Tetris para conseguir meterlo todo en un Opel Corsa de tres puertas. Añadimos a eso que, para más inri, el Opel Corsa no es tuyo y no sabes cómo cuernos hacer abatibles los sillones traseros, y por supuesto, como suele pasar en estos casos, su dueña está no disponible o fuera de cobertura.

Así que ahí estaba yo, sudando la gota gorda, mientras luchaba contra el hecho de que una cama —aunque sea una cama por piezas— y un colchón no caben, lo pongas como lo pongas, en un Opel Corsa, cuando apareció PerritoApaleado. Esta costumbre de encontrarme a mis compañeros de residencia cuando necesito un caballero andante, me está empezando a mosquear, la verdad. Pero, en aquel momento, no pensé en mis pintas sudorosas ni en la rechifla de días posteriores en el quirófano. En aquel momento, vi los cielos abiertos.

—¿Y cómo se abaten los asientos? —me preguntó después de que lo asaltase como una loca y le explicase mi problema.

—He ahí el quid de la cuestión. Que no lo sé. Que el coche no es mío.

—A ver si va a ser esta palanquita... —dijo y ¡Oh, milagro!, los

sillones cedieron, dejando mi ingenio femenino al nivel del betún.

Entre los dos, metimos la caja de la cama y el colchón. Y sobre eso, las tres bolsas de complementos varios que se me habían ido antojando.

—¡Ay, Perrito! —le dije, abrazándole, eufórica— ¡No sabes cuánto te lo agradezco!

El sonrió, tímidamente, poniéndose como la grana. Luego, me guiñó un ojo y sonrió:

—Mientras no me pidas que te ayude a sacarlo todo otra vez...

Mierda. No había pensado en eso.

La primera espinal y La Nazi

28 de junio de 2010

En *Anatomía de Grey* hay un personaje al que llaman La Nazi. Es una cirujana bajita, rellenita y negra, muy exigente, pero con un corazón que no le cabe en el pecho, por lo cual el mote no es precisamente muy apropiado. En mi servicio sí que hay una Nazi que se merece que la llamen así. Es rubia, alta y espigada, con ojos claros como dos trozos de escarcha y fría como el hielo. Sus comentarios son hirientes y es temida por auxiliares, residentes, enfermeros y cirujanos.

Hoy he estado con La Nazi. Llegué pronto al hospital para tener tiempo de preparar el quirófano con calma y hablar con el paciente antes de que ella llegara.

—Jomeini, ¿dónde estás hoy? —me pregunta Empanadadebonito.

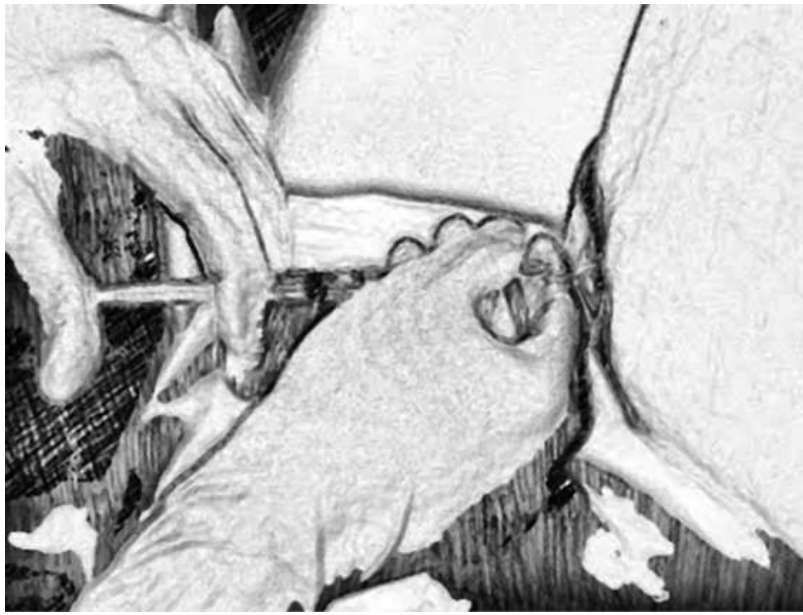
—En Trauma. Con La Nazi.

Hace una mueca. La Nazi es aún más antipática con los chicos y Empanadadebonito lo ha sufrido en sus propias carnes más de una vez.

—Mi más sincero pésame —me dice sonriendo.

—Muy gracioso.

El paciente es un señor de unos sesenta años, sin más antecedente que una hipertensión, que viene a retirarse un fragmento de material de osteosíntesis de la tibia. Cuando estoy hablando con él, llega La Nazi.



—Que lo pasen —ordena dictatorialmente.

No ha saludado al paciente. Tampoco a mí. Es todo simpatía. Corro tras ella para alcanzarla.

—¿Has puesto espinales? —me pregunta.

¿Qué le contesto? Si digo que no, no me dejará pinchar. Me limitaré a observar, como en otras ocasiones, cómo pincha otro. En algún momento tengo que pasar de la teoría a la práctica. Así que decido jugarme el todo por el todo.

—Sí —miento—, un par de ellas.

Asiente, pensativa, con la cabeza.

—Bien. Pues le pinchas tú.

Me lavo. Cargo la medicación bajo la mirada atenta de La Nazi, localizo el espacio en la espalda del paciente y pincho. Sale inmediatamente un líquido claro, parecido a un almíbar, que demuestra que estoy en el sitio correcto. Coloco la jeringa cargada con la medicación en la aguja e inyecto. De pronto, el anestésico que estaba en la jeringa sale disparado en todas direcciones, salvo en la que debería ir, empapando completamente a La Nazi, que se había acercado a mirar. Levanto la vista, temiendo lo peor. Los auxiliares y los enfermeros guardan un silencio sepulcral y en sus miradas veo un atisbo de compasión. Me va a matar. Y lo saben. La Nazi, mojada hasta las amígdalas, boquea asombrada como un pez en la pecera.

—Quita, quita de en medio, que ya sigo yo.

Me retiro a un lado, cabizbaja.

—Tienes que fijar bien la jeringa —me dice con voz helada.

Y ya está. No dice nada más. Me he librado. Por los pelos. Pero, como decía Escarlata O´Hara, «A Dios pongo por testigo...» que no volverá a pasarme.

Compartir piso

1 de julio de 2010

La culpa de todo la tiene *Friends*. Después de pasarnos toda la adolescencia viendo cómo Joey y Chandler compartían piso sin ningún problema, nos cuesta reconocer que somos una Mónica cualquiera, maniáticas de la limpieza y el orden y que lo pasamos fatal cuando las cosas no se hacen a nuestra manera. Chiara, J, Serena y yo empezamos a vivir juntas prácticamente al mismo tiempo. Y, al principio, no establecimos ningún tipo de normas. Sólo la de vivir y dejar vivir. Pero no somos Joey y Chandler y una noche, J y yo llegamos de trabajar y Serena y Chiara estaban discutiendo por la colocación de un tubo de pasta de dientes, así que decidimos sentarnos y organizarnos. Hicimos un cuadro de colorines con la limpieza de las zonas comunes y con el fastidio de bajar la basura, y decidimos cocinar cada una, una semana para el resto.

La semana de Chiara fue una verdadera orgía de sabores. De sus manos regordetas, salieron platos de pasta fresca con albahaca y tomate, ensalada de salmón con verduras y una deliciosa ternera al horno. J, como buena asturiana, solucionó nuestros problemas de estreñimiento con sus platos de *fabes*, que engullimos sudando la gota gorda por los calores de julio. Yo hice lo que pude, sin salirme del presupuesto. Llamé a mi madre y le pedí su receta de pollo a la naranja y la de la quiche de gambas. Y me defendí honrosamente. El problema llegó cuando fue el turno de Serena.

Las cuatro nos sentamos a comer juntas: hemos cogido por costumbre esperarnos para almorzar, charlando sobre las cosas del día. Serena puso frente a nosotros un plato de una cosa verde pálido en la que flotaban trozos de verdura. Parecía Blandi Blub —*Per la Madonna, ¿che cosa* es esto? —dijo Chiara.

Serena, un poco molesta, anunció:

—Espinacas con nata.

Las tres hundimos nuestros tenedores en aquel líquido verdoso y nos los llevamos a la boca. Era incomible. La espinaca estaba cruda. La nata, sosa. No sabía a nada.

—Bueno, mejor traigo el segundo —dijo Serena viéndonos las caras.

El segundo plato era un amasijo amarillento con alguna judía verde dispersa.

—Y, esto… ¿qué es? —preguntó J.

—Arroz al horno —dijo Serena.

—Porque tú lo dices —masculló J para sí misma.

Chiara, J y yo nos miramos después de probar aquel engrudo amarillo.

—Esto…. Serena… —empecé a decir— creo que va a ser mejor que tú no cocines.

—Es que no sé —refunfuñó ella.

—Oh, ¿en serio? —ironizó Chiara— No me había dado cuenta.

—Ya vale —se enfadó Serena— nunca he tenido que hacerlo. ¿Por qué voy a saber?

A partir de ahora, Serena no entra en el turno de cocina, pero una tarde a la semana, la comida la hace ella bajo la supervisión de la cocinera de turno. Que nadie nace aprendido.

La máquina de anestesia

9 de julio de 2010

Aquí estoy, frente al libro, intentado aclararme con este rollo infumable que es la máquina de anestesia. Sí, de acuerdo, el primer día uno de los adjuntos del servicio intentó explicármela. Yo lo miré, puse *cara de latín* —la misma cara que le ponía a mi profe de latín de estar entendiéndolo todo mientras, para mis adentros, decidía coger ciencias puras— y asentí, mientras aquella cosa similar a R2-D2 pitaba como una loca. Ya sabéis la situación: te hablan y tú: «sí, sí, sí, ajá», el *ajá* es importantísimo para dar el toque intelectual al tema. Está bien, reconozco que en un mes, lo que ese primer día era chino, ahora es algo así como inglés: no es tu idioma materno y si te hablan rápido sólo pillas el 50 %. Pero es que, ahora, uno de los tutores pretende que sepamos cómo funciona por dentro. ¡Dios!... pero si yo nunca aprendí a programar el vídeo y todavía no sé para qué sirven el 80 % de las teclas del mando a distancia de la tele...

Total, que me he sentado delante del libro. Esta vez no puedo pasarme a ciencias puras. No me queda más remedio que meterme en la cabeza, como sea, los flujómetros, las válvulas de flujo, las salidas de colectores y los reguladores de balance. Y, *para más inri*, el cachondo del libro dice: «Los errores humanos aumentan si no se entiende totalmente la complejidad de estas máquinas». Pues eso, que me voy a estudiar.

En quirófano

19 de julio de 2010

Primer día de mi rotación de Cirugía General. Llego a las 7.30 a. m., no por que sea masoquista, sino porque a esa hora todos los *resis* del servicio pinchamos a los pacientes que esperan en Preanestesia y preparamos los quirófanos. Para empezar, teóricamente, a las 8.30.

Me miro en el listado: estoy en Cirugía General con el Doctor Respirehondo-Lleneelpechodeaire, que espero tenga paciencia con mi torpeza intrínseca. La paciente —llamémosla Señora A— se somete a una colectomía por una colitis ulcerosa. La hoja de Preanestesia pone: «Retraso mental leve. ¡Atención: sorda!». Empezamos bien.

—Señora A, soy la Doctora Jomeini. Soy la residente de Anestesia. Le voy a hacer unas preguntas.

La doña sonríe. No tiene dientes, salvo un colmillo *jodelón* justo en el sitio donde apoyo el dedo para intubar.

—¿Es usted alérgica a algo?

—Sí.

—¿Ah, sí? —en la historia no pone nada— ¿A qué?

—Sí.

—DIGO QUE A QUÉ ES ALÉRGICA.

—Sí, en el 83.

Estamos buenos. La señora es más sorda que una tapia. Me desgañito viva, con risas sofocadas por parte del resto de los pacientes de la sala.

—¡QUE A QUÉ ES ALÉRGICAAAAAA!

—¡Ah! A la penicilina. La vomité una vez.

Vale. Genial. No es alérgica a nada. Le pongo el antibiótico y un poco de midazolam para que entre tranquila.

Es una colectomía. Eso significa: anestesia general, vía central y arteria. O sea, de treinta a cuarenta minutos de preparación anestésica. Pero, con mi superhabilidad de R1, puedo llegar a una hora. Cargo los fármacos. Preparo la máquina. La duermo. La señora tiene unas vías inexistentes. No las veo ni con ultravisión. A ciegas, cojo una vena humeral y la arteria mientras el adjunto coge la central.

La opera el Doctor Pisandohuevos, que es muy majo pero más lento que un desfile de cojos. Hoy, no obstante, termina la cirugía en un tiempo récord. Tanto que he calculado anestesia para, por lo menos, media hora más. Me cuesta un riñón despertar a la doña que, *para más inri*, no me oye.

—¡Señora A! —berreo— ¡DESPIERTEEEEEE!

La Señora A está más a gusto que un arbusto. Y no le da la gana despertarse. Veinte minutos —y una afonía de tanto gritarle— más tarde, la dejo en la Rea.

—¿Le duele algo?

—Sí.

—¿Dónde le duele?

—Sí.

¡¡¡¡¡¡¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHH!!!!!!!!!!!!

Primera fiesta de residentes (I)

31 de julio de 2010

Nos maquillamos juntas, las cuatro, como si fuéramos un escuadrón de combate que se prepara para la batalla. J monopolizaba el espejo del baño, aplicándose *eye-liner* de color púrpura a juego con su pelo, mientras Chiara nos mareaba a todas en nubes de Chanel n.º 5. Alguien la había convencido de que era muy elegante, pero la verdad es que nos estaba intoxicando. Yo taconeaba, de un lado para otro, subida en unas sandalias plateadas de tacón y en ropa interior, mientras intentaba decidir qué ponerme.

—Pues ponte otros zapatos —me dijo Serena. Como siempre, aún no había empezado a vestirse. Fumaba lánguidamente, sentada en el suelo, frente a las puertas abiertas del balcón— ¿Qué más te da?

—Quiero ponerme estos zapatos. Exorcizarlos. Son los que llevaba la última vez que salí con Roberto.

—Pues ponte el vestido que llevabas entonces.

—No puedo. Me lo dejé en su casa —y recuerdo, entonces, las manos de Roberto sobre mi piel. Cómo me había ido quitando el vestido lentamente, mientras me besaba. No. No quiero pensar en eso — ¿Qué tal este? —pregunto, enseñándole un vestido azul marino de tirantes.

—*Très chic* —dice la loca de J asomando la cabeza por la puerta. Parece un papagayo: al pelo lila se suman un top verde manzana, unos pantalones azules y unas sandalias de tiras rojas. Curiosamente, en ella, queda bien. —Pero bueno, ¿todavía estás así?
—levanta a Serena y la empuja al baño— A vestirse. Las dos. Que el vecino se está poniendo las botas.

Efectivamente, en el edificio de enfrente un chico de unos quince años nos mira con ojos como platos.

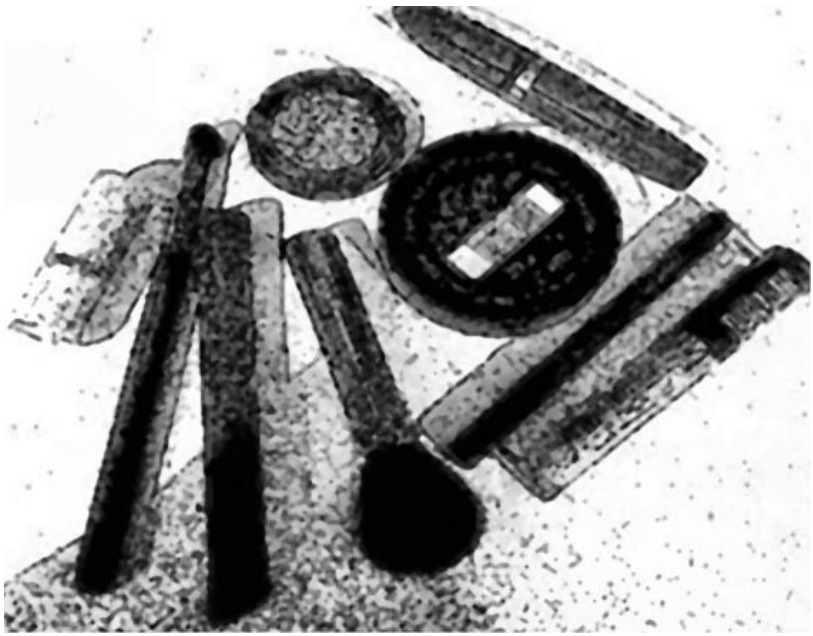
—Y píntate el ojo —me sigue diciendo J—. Ponte irresistible.

—Sí, señor. A la orden, señor, —le contesto riendo.

Chiara nos contempla como una madre apacible mira a su camada revoltosa. Viene a la fiesta porque le hemos dado demasiada lata. Después de todo, no conoce a nadie más que a nosotras.

—A por ellos, *caras* mías —dice con su español italianizado.

Y nosotras, sintiéndonos felices, nos reímos y nos disponemos para la batalla.



Primera fiesta de residentes (II)

1 de agosto de 2010

Llegamos tarde. Culpa de Serena.

—No sé por qué os enfadáis tanto —dice, riendo, mientras J y yo mirábamos el reloj—. Para hacerse notar, hay que llegar tarde. Si no, os confundís con la masa.

Al abrir la puerta de la discoteca, nos recibe el sonido de cientos de voces que corean la canción que el *disc-jockey* acaba de poner. Entramos, cegadas por las luces, y nos dirigimos a la barra.

—Hola guapa —me doy la vuelta. Empanadadebonito y PerritoApaleado, mis dos co-R masculinos están a nuestro lado.

—Hola chicos, ¿qué tal? —saludo, antes de notar cómo J me está dando pataditas en la espinilla— Ah. Sí, estas son mis compañeras de piso: J, Serena y Chiara.

J mira a Empanadadebonito como un perro hambriento a una chuleta. Sólo le falta babear.

—¿Vamos a bailar? —me dice PerritoApaleado.

—Vale —nos dirigimos hacia el centro de la pista, donde Miss Vogue subida en unos *Peep Toe* de más de ochocientos euros, mueve sensualmente sus caderas.

—Hola —nos saluda con su voz ronca de estrella del porno. E inmediatamente, agarra los hombros de PerritoApaleado, que casi no puede creer en su buena suerte y empieza a moverse alrededor de él. Dios.

—Hola —dice una voz a mi espalda. ElReydelPolloFrito e Hippo, su co-R, se ríen de mi mueca de exasperación—. Es todo un espectáculo —dice Hippo mientras contempla arrobado las caderas de Miss Vogue.

—Sí, lo es —digo, un poco deprimida—. Pero no adecuado para todos los públicos.

—Hala, venga, vamos a tomarnos una copa ¿Te vienes?, —me dice ElReydelPolloFrito.

—¿Por qué no?

Nos acercamos de nuevo a la barra, donde J le explica a Empanadadebonito que duerme desnuda.

—Pero, J… —yo recordaba la imagen de mi compañera de piso con camiseta de manga larga y pantalones de franela, pero una mirada acerada suya bastó para cerrarme el pico— ¿En serio?

—Puede ser de lo más embarazoso levantarse en tu piso a tomar agua —exclama riendo ElReydelPolloFrito.

—A los tíos les pone *palotes*… —contesta J, insinuante, dejándonos a sus tres compañeras con la boca abierta.

—A los tíos todo nos pone palotes, —responde Empanadadebonito, diciendo por una vez algo sensato.

Serena ya había tenido bastante. Se excusa diciendo que tenía que

ir al baño, y luego la veo bailando con Chiara en un extremo de la discoteca. Yo empiezo a charlar con los *resis* de Trauma de las guardias y de temas por el estilo.

—Nos vamos —me dice, al cabo de un rato, ElReydelPolloFrito—. Hemos quedado con mis amigos en César´s, aquí al lado… esto… ¿quieres venir?

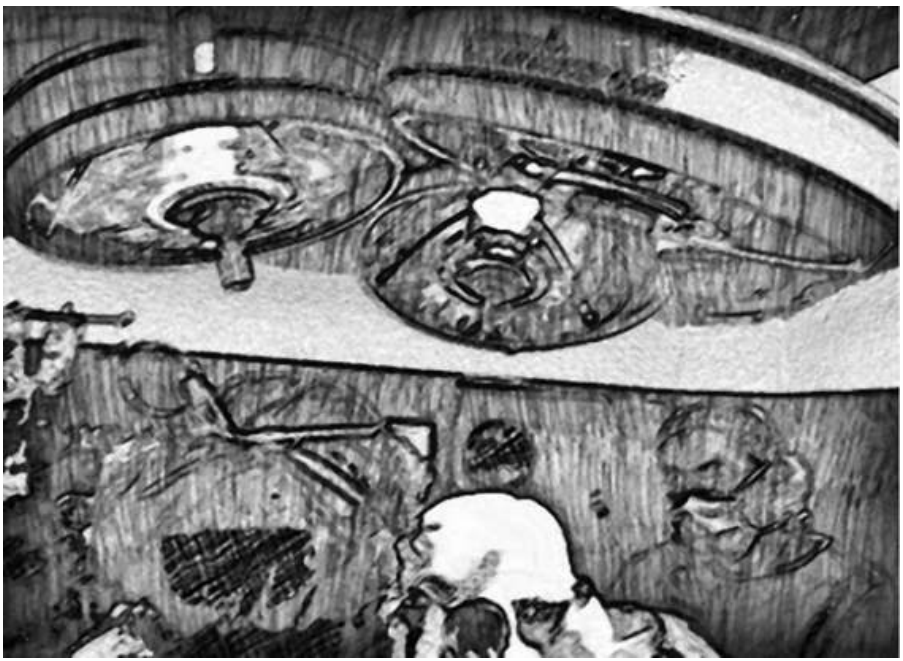
Hippo le mira, un momento, extrañado, pero enseguida secunda a su co-R:

—Sí, venga, vente, son muy majos.

—No —Serena me está haciendo señas para que me una a ellas—. Divertíos.

Cuando nos vamos, una hora más tarde, Empanadadebonito está metiéndole a J la lengua hasta las amígdalas.

Las tres restantes volvemos a casa, cansadas, con la impresión de que algo ha fallado. Y sin saber por qué.



Claridad mental

10 de agosto de 2010

Prueba objetiva de lo verde que estoy en esto de la Anestesia.

—Cuándo nos llega una paciente así, ¿qué es lo primero que debemos pensar? —me pregunta esta mañana el Dr. Respirehondo-Lleneelpechodeaire.

Yo miro a la paciente, que parece la prima de Tutankamón, sentada en la camilla.

—Que, hoy en día, se opera cualquier cosa —respondo.

El Dr. Respirehondo-Lleneelpechodeaire se ríe bajito e insiste: —Sí, bueno, pero una vez te has hartado de pelearte con el mundo, ¿qué piensas, desde el punto de vista anestésico?

Yo vuelvo a contemplar a la paciente. Su cuello tiene la misma flexibilidad que un bloque de hormigón y me sonríe con una miniboca de dos centímetros de longitud.

—Que lo tengo crudo para intubar.

Todavía no sé si era eso lo que quería que contestara. Se ha sonreído. Ha meneado la cabeza y ha dicho: —Anda. Vamos allá.

Llamada telefónica

20 de agosto de 2010

Descolgué sin mirar quién llamaba. No tenía tiempo de hablar. El busca no paraba de sonar de Paritorio, de Quirófano, de Rea. Haz esto, haz lo otro. Tenía la cabeza en otro lado. Por eso, cuando oí su voz, me quedé helada. Como si me hubieran paralizado de repente.

—¿Jomeini?

—¿Roberto?

—Hola.

—Hola —por un segundo, un mísero segundo, pensé que me llamaba para pedir perdón, para volver conmigo— ¿Qué quieres?

—¿Cómo te va?

—Bien, ¿y a ti?..., —Qué absurda conversación. Tantas cosas compartidas y no teníamos nada que decirnos.

—¡Ejem…! Por eso te llamo.

—¿Ah, sí?

—No… no quería que te enteraras por otros…

—¿De qué?

—Voy a casarme, Jomeini, con ella.

¿Casarse? Llevan cuatro meses juntos, por Dios. Durante dos años, yo no pude siquiera mencionar la posibilidad de vivir juntos porque a él le daba el ataque de histeria y ahora, se va a casar con otra.

—Ah —repuse, reuniendo todo el valor que pude encontrar— Enhorabuena.

—Lo siento. Es que no quería…

—Sí, vale, que me enterara por otro. Pues, ya está, ya me lo has dicho. Adiós.

—Espera. Es que contigo no me veía viviendo una vida, teniendo hijos…

Fue como si me hubieran rasgado en dos. El dolor, que yo pensaba olvidado, me atravesó.

—Vale, Roberto, no pasa nada, de verdad. Estoy bien. Adiós. Me alegro por ti. —Y colgué.

Me dejé caer en el suelo. Donde mismo estaba. Marqué un número y dije, con voz débil: —Lula, se casa.

Y me eché a llorar.

Siempre me enamoro de quien no debo

21 de agosto de 2010

—Está muerto —sentenció Lula, esa tarde mientras yo intentaba ahogar mis penas en alcohol, dándome cuenta que, a pesar de todo, las muy cabronas saben nadar—. Roberto era un señor que tú querías mucho, pero…, ¡qué pena!, resulta que para ti, está muerto. Ya guardaste luto por él y ya lo lloraste. Y ahora, el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Llegué a casa, medio borracha, pero algo más consolada con la teoría de Lula. Y nada más abrir la puerta, oí los sollozos.

—¿Hola?

Nadie respondió. La cocina y el salón estaban vacíos. El ruido provenía de la habitación de J. Toqué con los nudillos.

—¿J?

No respondió. Abrí con delicadeza. Estaba sentada en el suelo, en medio de la habitación. Vestida con un mono naranja y descalza. Los mechones de cabello, de intenso púrpura, le tapaban la cara y el resto lo ocultaban sus manos, finas y delgadas, con las uñas pintadas de verde. No levantó la vista cuando entré, pero no hizo falta. Si no hubiera oído los sollozos, el movimiento de sus hombros hubiera sido una señal inequívoca de que estaba llorando.

—J —dije, sentándome a su lado—. ¿Qué te pasa?

—Es un cabrón —me contestó hipando.

—¿Quién?

—Empanadadebonito. Es un cabrón —responde, mirándome con los ojos inyectados en sangre—. Me acosté con él.

—¿Te acostaste con él? ¿En serio? —Hombre, no hay que negar

que, si consigues que mantenga la boca cerrada, el chico es espectacular, pero…

—Y ahora dice que no hay *feeling*.

—¿Cómo?

—*Feeling*. No sé ni qué coño quiere decir eso.

Los idiomas no son el fuerte de J.

—Y luego me ha dicho —continúa— que quedamos como amigos.

—Noooo —no hay frase peor después del «No eres tú, soy yo». Y entonces me acuerdo de Lula— ¿Sabes qué? Está muerto.

—¿Cómo?

—Sí, Empanadadebonito se ha muerto. Qué pena. Tú ahora lo lloras, pero mañana hacemos un entierro y el vivo al bollo o algo así.

J me mira como si hubiera perdido la chaveta. De pronto, parece captar la idea y sonríe.

—¿Qué dirías a un helado de chocolate?

—¿Con dos cucharitas?

—Con dos cucharitas.

—Diría: «vale». La vida es muy corta para llorar por gilipolleces.

Y las dos nos ponemos a imaginar el velatorio y el entierro con todo lujo de detalles. Cuando Serena y Chiara llegan a casa, el helado de chocolate ha desaparecido y J y yo, vestidas de negro de la cabeza a los pies, reímos a carcajada limpia en el sofá.

No hay mejor medicina para un corazón roto que la risa compartida.

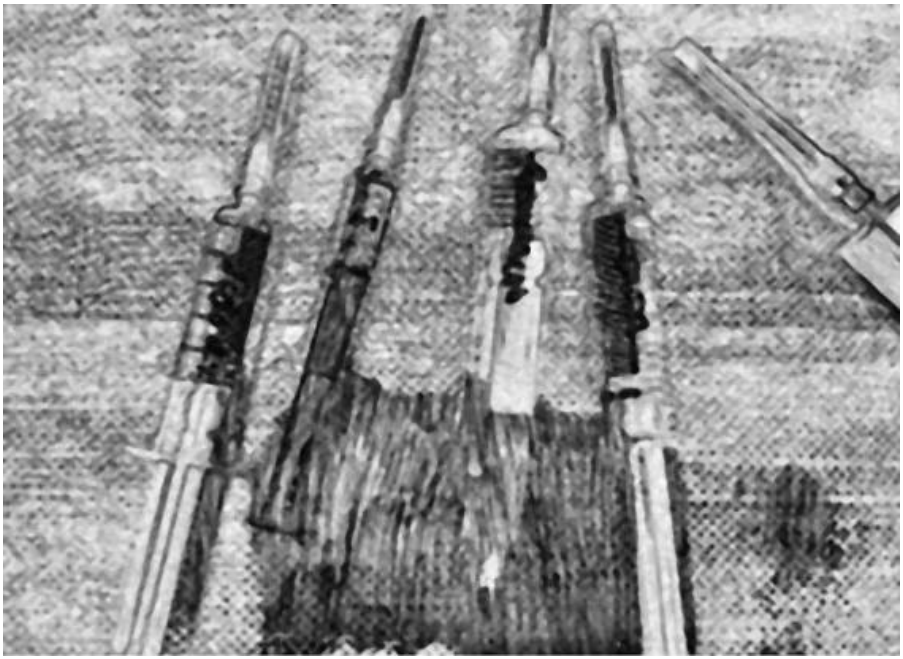
Anestesia y las matemáticas

1 de septiembre de 2010

Cuando elegí Anestesiología en aquel aciago día, lo último en lo que yo pensaba era en que tendría que lidiar con cálculos matemáticos. Me di cuenta de mi error cuando ya me había picado el gusanillo de la especialidad y era demasiado tarde para volver atrás. He de decir que, además de blogadicta y desastre con las espinales, soy también una completa nulidad en cálculo matemático. No tengo una mente lógica. O sea, que donde esté una calculadora para qué voy a estar rompiéndome los cuernos. Pero en Anestesia esto no vale. Sí, tienes la calculadora en el bolsillo, pero esperan de ti que seas tan rápido como *Rain Man* y digas la respuesta en un blip. —Dosis de fentanilo —me espeta La Nazi—. Venga, a cuánto por kilo —como en el supermercado.

—Tres microgramos por kilo —le respondo cruzando los dedos. —O sea, que para este señor de ochenta y siete kilos...

—¿Cuánto le pongo? —Ya me mató. Ahí empieza mi horror de cada día: una simple multiplicación. Soy incapaz. De hecho, siempre saco como mil años en el *Brain Training*.



Ayer, el Doctor Respirehondo-Lleneelpechodeaire rizó el rizo: «A ver, Jomeini, si yo tengo una dilución de levo-bupivacaína de 0,75 % y quiero una dilución de 0,065 % en una jeringa de cincuenta centímetros cúbicos, ¿cómo lo hago?». Debió verme la cara de *horreur* que puse porque se rió y me dijo:

—Piénsalo. Luego te lo pregunto.

Mañana tengo guardia con él y todavía lo estoy pensando. He emborronado algo así como diez folios y no doy con la respuesta. ¡HEEEEEEEEELP!

Clase de danza

10 de septiembre de 2010

Dicen que «Mens sana in corpore sano». En mi última guardia, mientras oía a las enfermeras del quirófano hablar sobre tal o cual gimnasio, decidí que tenía que hacer deporte. En esa cuestión, tengo menos voluntad que los atunes, lo voy dejando, lo voy dejando y, a menos que alguien me dé la lata, no me decido. Pero ya está bien de vaguear, que se me está poniendo un culo del tamaño de una boca de metro. Así que, hace unos días, al pasar por un cartel que ponía: «Hay plazas en clase de danza clásica», me dije: «¿Por qué no?». De pequeña fui unos años a Danza Clásica y me encantaba. *Jettés*, *pliés* y demás.

Ni corta ni perezosa, entré y me apunté. Las clases empezaban el lunes. O sea, hoy. Me llevé unos *leggins* y una camiseta larga en una bolsa al hospital para no tener que pasar por casa al salir del quirófano. Llegué por los pelos. Me vestí apresuradamente en el vestuario de la academia de danza y entré en la clase.

¿Sabéis esa sensación que una tiene en los sueños en que entras en un sitio, todo el mundo te mira y tú, entonces, te das cuenta de que vas desnuda? La sensación que tuve al entrar en la clase de Danza Clásica fue la misma. Veinte pares de ojos perfectamente maquillados, se clavaron en mi cara, bajaron por mi camiseta ancha, se pararon un rato en mis caderas y se deslizaron, con un alzamiento de cejas, por mis *leggins* hasta llegar a las zapatillas de deporte. —Hola, bienvenida —dijo la profesora, que era la única obligada a disimular—. Por favor, incorpórate a la clase.

Yo asentí, tragando saliva, mientras me colocaba al final de todo. Así nadie me vería mientras intentaba seguir el ritmo de la coreografía que todo el mundo parecía conocer, excepto yo.

—Muy bien —gorjeó la profesora— Y ahora, media vuelta.

Y ante mi estupefacción, toda la clase se dio la vuelta, de manera que, ahora, mi culo enfundado con los *leggins* y mis descoordinados

movimientos quedaban a la vista de todas.

Mañana me voy a hacer *footing*. Es menos arriesgado.

Sorpresa, sorpresa

27 de septiembre de 2010

Estoy anonadada, patidifusa, atónita, sorprendidísima. Me gasto todos los sinónimos del diccionario y aun así, no refleja lo perplejísima que me he quedado. Y es que hoy me ha pasado algo increíble. Os cuento. Llegué a las 7.30 como siempre. En Preanestesia estaba LaChicaNormal cogiendo una vía. Me saludó con una inclinación de cabeza y siguió a lo suyo. Yo también me puse a pinchotear con fruición. Minutos más tarde, llegaron Miss Vogue y Empanadadebonito a preparar a sus pacientes. En esto, que veo que PerritoApaleado se para en la puerta, me mira y, rojo como las amapolas, me llama: —Jomeini, luego, cuando tengas tiempo, me gustaría hablar contigo.

—Dime.

—No, no, ahora no. Después.

—Bueno, vale —dije, algo mosca— Luego te busco.

«¿Qué querrá este tío? —me pregunto—. ¿Habré hecho algo mal?». Repaso las cirugías de los últimos días mentalmente por si alguna puede haberse complicado, pero no encuentro nada que me saque de dudas en mi archivo mental. Así que, a las once de la mañana, en un descanso entre dos cirugías, lo busco. Está en el quirófano de Trauma.

—*Chis*, Perrito —lo llamo— ¿Qué querías? Que me tienes en ascuas, hijo.

El niega con la cabeza y, cogiéndome de la mano, me saca al pasillo.

—Quería… eh… —dice, de nuevo más colorado que un pimiento morrón— Quería que salieras conmigo.

A ver. No puede ser que me esté pidiendo que salga con él en un pasillo de quirófano. Seguro que lo estoy entendiendo mal.

—¿Salir contigo? ¿A dónde?

—No, ejem —carraspea él—. Salir conmigo como pareja.

Abro los ojos como platos. Esto sí que no me lo esperaba.

—Perrito, yo… —¿Cómo salgo de ésta, Dios?— …yo lo siento, de verdad, pero acabo de salir de una relación larga y, la verdad, no estoy en condiciones…

—Ya, seguro —rezonga él, con amargura—. Y como encima el trauma te pone ojitos, yo no tengo nada que hacer.

—¿El trauma? ¿Qué trauma? —ya sé que no debí preguntar eso cuando el pobre recogía los pedazos de su corazón, pero fue superior a mis fuerzas.

—Ese —dice señalando al quirófano, donde ElReydelPolloFrito prepara el campo quirúrgico.

—Tú estás loco —le respondí, riendo y meneando la cabeza.

—Sí, por ti —dijo, volviendo a entrar en el quirófano—. Desgraciadamente.

Lo dicho. Me quedé mirando la puerta con la boca abierta. Y todavía no la he cerrado.

Y además… ¿será verdad que el otro me pone ojitos?

El parto

4 de octubre de 2010

Generalmente, no nos quedamos. Los anestesioblastos somos sólo un ave de paso en el camino hacia el parto. Ponemos nuestro granito de arena, un soplo de magia, y nos vamos, como si aquello no fuese con nosotros. Pero ayer, me llamaron para reforzar una epidural y me quedé. No estaba en ningún parto desde mis tiempos de estudiante. Y no recordaba el momento. Ese sublime momento en que el niño llora y las miradas de los padres se unen por encima de su cabeza pelona. Ese momento me hizo ayer un nudo en la garganta. Un nudo que no consigo desanudar. Y ahora, me siento muy, muy sola.

«Errare humanum est»

11 de octubre de 2010

Hay una frase famosa que dice que los errores del cocinero se tapan con salsa, los del arquitecto, con flores y los del médico, con tierra. Esa frase resume la enorme responsabilidad que echas sobre tus hombros cuando decides estudiar Medicina, la enorme responsabilidad que supone el trabajar con seres humanos. Sí, también sé que nosotros mismos somos humanos, imperfectos, minables. El cansancio hace cometer errores. La inexperiencia, también. Hoy he cometido uno de esos errores: un error importante que casi le cuesta la vida a mi paciente. Todo por confundir una medicación con otra. Por ir con prisa. Por no pensar bien las cosas. Nadie se ha enfadado conmigo, sin embargo. «A todos nos ha pasado alguna que otra vez» me dijo el adjunto. «Lo bueno es que ya no lo volverás a hacer jamás y que al paciente no le ha pasado nada». Pero la sensación de haber cometido un crimen terrible se instaló como un peso en mi estómago y no me abandonó en toda la mañana. Al salir del quirófano, me senté en uno de los bancos de fuera del hospital, incapaz de irme a casa, incapaz de explicar a mis compañeras de piso cómo me había ido el día. De repente, noté una presencia a mi lado. Levanté la vista y me encontré con la mirada oscura de ElReydelPolloFrito.

—¿Qué te pasa, Jomeini? Llevas todo el día como una novia cadáver —pregunta sentándose a mi lado.

Sonrío, pero se nota que lo hago forzadamente. No me apetece contárselo. Sólo me apetece que me deje en paz.

—Bueno, ya veo que no quieres hablar —me dice, leyéndome el pensamiento—. Como dice mi madre, si es algo con arreglo, ¿para qué te preocupas? Y si no tiene arreglo, ¿para qué te preocupas?

Vuelvo a sonreír. Él se levanta y me da un beso suave, sólo un roce, en la mejilla. Y se va. Me quedo mirándolo hasta que se pierde calle abajo. Me ha parecido muy dulce.

Cuando levanto la vista, veo los ojos de PerritoApaleado clavados en mí desde detrás del cristal de la cafetería. Lo saludo, pero él baja la cabeza y se va. Y todo el malestar vuelve de golpe a instalarse en la boca del estómago. No hago más que cometer errores.

Guadalberto y el mal de amores

21 de octubre de 2010

Es un hecho demostrado que ninguna de las cuatro chicas del piso tiene éxito con los hombres. Las andanzas de J y las mías propias, en este sentido, ya las conocéis. Para Serena, ningún hombre merece el esfuerzo. Se los fuma como si fueran cigarrillos, con la misma languidez con que hace todo. Pero, sin duda, la que peor lo lleva es Chiara. Es un poco mayor que las demás y su reloj biológico ha empezado a sonar con fuerza. Pero, por ahora, su búsqueda incansable del príncipe azul, sólo ha dado como resultado unos cuantos sapos. Sin embargo, hace dos semanas la cosa parecía que iba a cambiar. Entró en casa, exultante, diciendo que había conocido a un chico genial.

—Es guapísimo y taaaaan mono —gorjeaba—. Se pone rojo cuando lo llamo.

—Y… ¿cómo se llama? —le preguntamos nosotras.

—Guadalberto.

Se hizo un silencio sepulcral en la habitación. Las otras tres nos miramos, pero sólo J se decidió a romper el silencio.

—¿Guadalberto? ¿Qué pasó? ¿Quemó la cuna al nacer o algo? ¡Por Dios, qué nombre!

—Pues a mí me gusta —se defendió Chiara—. Suena a español antiguo. Como Indalecio.

—Efectivamente —se rió J—. Suena exactamente igual que Indalecio.

El viernes, Guadalberto vino a buscar a Chiara para ir a una cena de la empresa. Ella nos lo presentó toda ufana: —Guadalberto, —dijo mientras el chico cogía el color de los tomates maduros— estas son mis compañeras: Jomeini, J y Serena.

—Encantado —musitó para su cuello Guadalberto, cada vez más colorado.

Ayer, Chiara llegó al piso hecha un mar de lágrimas.

—Ay, ay —decía, hipando y moqueando— que me ha dicho que no me confunda, que no quiere nada conmigo.

—¿A que te ha dicho que no había *feeling*? —tercia J, que todavía tiene clavada la espinita de Empanadadebonito.

—Noooooo —sollozaba Chiara— lo que me ha dicho es que no se ponía rojo porque yo le gustara... *buaaaaa*... sino porque se llama Juan Alberto... *buaaaaa*...

De verdad. No nos pudimos contener. Las tres empezamos a reírnos como locas hasta que Chiara, con los ojos aún brillantes por las lágrimas, nos acompañó. Juan Alberto. Ay, Chiara y sus dificultades idiomáticas.

Aguas menores

2 de noviembre de 2010

El paritorio tiene en mí un efecto diurético. Lo separan de los baños de los quirófanos centrales cuatro pisos de escaleras y un pasillo más largo que la esperanza de un pobre. Las ganas de hacer pis me empiezan cuando voy por el segundo tramo de escaleras, detrás de la señora de setenta años con la rodilla fastidiada que no sé por qué cuernos no coge el ascensor y que lleva siempre a su lado a un solícito marido de unos ochenta años, bloqueando el hueco completo y no dejándote pasar. Una vez que ambos alcanzan la planta de salida, pongo el turbo para bajar las dos plantas que me quedan. Pero, como en *Le Mans*, hay una curva peligrosa antes de tomar la recta final. En esa curva está la salita de espera de familiares que, apenas ven llegar a alguien vestido de verde, se despliegan como un escuadrón de combate y te acorralan.

—Perdón, ¿sabe qué tal va Zutanito Zutánez?

—¿Y Menganito Mengánez?

—No, lo siento —les digo en plan corredor de *footing* parado en un semáforo, subiendo y bajando las piernas para no mearme—, lo tendrá que preguntar a los de Información.

Una vez superada la curva peligrosa, me enfrento a la recta. Voy como el corredor de maratón, con el culo apretado y las piernas juntas. A pasitos cortos pero rápidos. Que me meo, que me meo. En esto me para una enfermera de Quirófano.

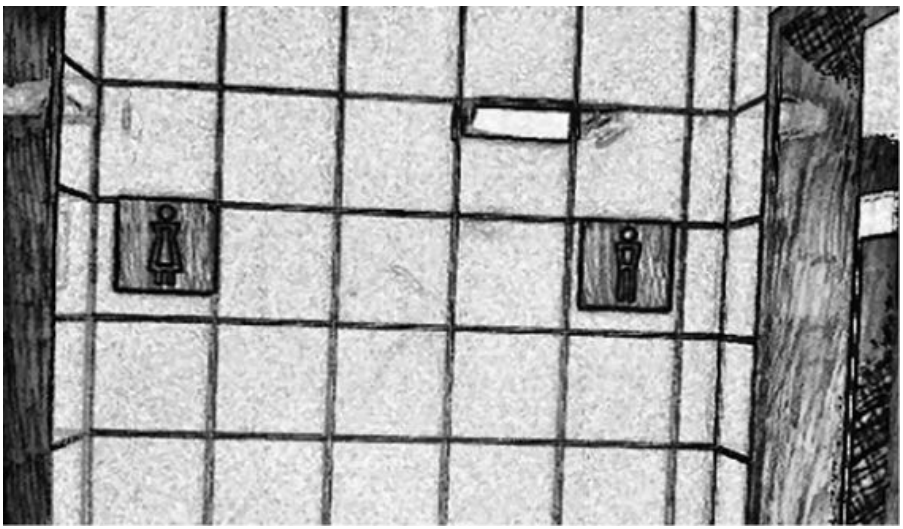
—Oye, Jomeini, ¿la apendicitis que va ahora es por laparoscopia?

No lo sé. Y además no quiero saberlo. Sólo quiero llegar al baño. Una insoportable presión en mi vejiga se encarga de recordármelo y de anular mi cerebro para que no pueda pensar en nada más.

—Ahora lo averiguo. Voy al baño.

Llego a la puerta del WC, como el náufrago a su isla. Cierro y tiro

de la cuerdecita que cierra los pantalones del pijama. La cuerdecita, pasada por tantos y tantos lavados, se rompe. Y el nudo queda aún más apretado. No hay manera de bajar el pantalón. Bailando la *yenka* dentro del servicio, me levanto la camisa del pijama para desabrocharlo como pueda e, instantáneamente, se me caen todos los bolígrafos del bolsillo superior y las monedas del inferior. Me acuerdo de la familia y de todos los descendientes hasta la prehistoria del hijo de su madre que inventó la cuerdecita de marras. Al fin, consigo desatar el nudo. Voy a sentarme y la puerta —que, con el apuro, no he cerrado— me golpea en la cabeza. Es La Nazi *in person*. Y yo, con el culo al aire. Si es que con esta mujer lo llevo crudo.



Parole, parole, parole

15 de noviembre de 2010

Este sábado pasado hubo fiesta de residentes. Yo no fui porque tenía guardia y, como comprenderéis, era una guardia imposible de cambiar. Hoy, cuando llegué a quirófano, el mismo rumor me golpeó por todo el pasillo: ElReydelPolloFrito y LaChicaNormal se habían liado en la fiesta.

—Pero... —pregunté a Miss Vogue que era la que me había ido con el cuento— ¿Tú los viste?

—No, pero se fueron juntos.

—Eso no quiere decir nada.

—Y a ti —dijo, intrigada— ¿qué más te da?

Eso digo yo. A mí qué más me da. Pero una terrible desazón empezaba a nacer en la boca de mi estómago.

—No... ejem... nada, pero es que me fastidian los rumores falsos y que se presupongan las cosas.

Miss Vogue puso la misma cara que pondría si al levantar una piedra, hubiera encontrado debajo una cucaracha.

—Ay, hija, por Dios, si llego a saber que eras tan estirada, no te vengo con el chisme...

—No, si yo...

Minutos más tarde, mientras iba rumiando la información, me encontré con ElReydelPolloFrito *in person* por el pasillo.

—Adióooossss —me susurró con una sonrisa de oreja a oreja. Una sonrisa que, ahora me doy cuenta, he empezado a apreciar más allá de lo conveniente.

—Adiós —contesté con la voz pequeñita. «Sí, adiós», pensé para mis adentros. Aunque ya sé que apenas había dicho «hola». Pero es

que mi corazón no puede soportar más remiendos este año.

No os había dicho que mi ex también era traumatólogo. Esta fijación voy a tener que mirármela. ¿Conocéis a algún psiquiatra guapo?

El día de la castaña

22 de noviembre de 2010

El sábado, como estaba un poco bajita de moral, decidimos irnos a almorzar las cuatro juntas. Almorzar y no cenar, porque habíamos reservado unas entradas para el teatro por la noche. Arroz negro con vino blanco. ¡Qué delicia! Cayeron dos botellas.

—¿Quieres un Pedro Ximénez?

—Venga, sí, un Pedro Ximénez.

Después de comer, total, era pronto...

—Vamos a tomar una copa al Gin Mercado —Vamos, vamos.

—¿Qué quieres?

—Pues un *gin-tonic*. Total, no hay que conducir...

—¡Qué rico está!

—Pues sí, pues sí.

Dos *gin-tonic* más tarde...

—Hay un sitio aquí al lado donde bordan los *cosmopolitan*.

—Huy, *cosmopolitan*. No los bebo desde que.

—¿Vamos?

—Hala, vamos, que total es pronto...

—Sí y no hay que conducir...

Los *cosmopolitan* ya bailan solos. En ese momento justo, llama mi madre. Ella siempre es así de oportuna. Parece que tiene un radar...

—¿*Sippp*?

—Hola, ¿dónde estás?

Pienso en dar un esquema del recorrido, pero me cuesta demasiado pensar y mantener el equilibrio en el taburete al mismo tiempo —Por

ahí —digo, muy explícitamente— con las *shicasss*.

Mi madre, que se las huele todas, me dice: —Bueno, mejor hablamos mañana.

—*Sippp. Maana meor*.

Le tiro un beso. Estoy ya en la fase de exaltación de la amistad. De ahí al «Asturias patria querida» va sólo un *cosmopolitan*. Oigo a J que dice: —Bueno, creo que es hora de ir tirando para el teatro.

Diosssss. El teatro.

—Jomeini, tú tienes las entradas. ¿Sabes la dirección de lo del teatro?

—Jijiji.

—¿Que dónde está la calle? ¿Tienes la dirección?

—Jijiji.

—A ver... ¿Estás bien?

—Jijiji.

Huelga decir que nunca llegamos al teatro. Me fui a casa a dormir la castaña. A las cuatro de la madrugada debí beberme entero el Canal de Isabel II.

Y es que una ya no está para estos trotes...

La lectura del agua

29 de noviembre de 2010

El pasado fin de semana nos hemos ido las cuatro a Asturias, a casa de J. Es curioso verla moverse en su ambiente: sus padres son gente sencilla y tradicional que no cuadran nada con su hija vivaracha de pelo lila. Pero se nota que, en el fondo, se entienden.

—Tenéis que ir a que os lean el agua —nos dice su madre al final de una comida pantagruélica.

—¿A que nos lean el agua? ¿Qué es eso? —pregunté.

J se encogió de hombros.

—En el pueblo de al lado —contestó— hay una adivina. Te hace enjuagarte la boca y luego, *lee* tu futuro en ese enjuague.

Las otras tres nos reímos.

—Oighs, sí —exclamó Chiara—. Vayamos a que nos lean el agua, por favor.

—A mí esas cosas me dan mal rollo —repuso Serena.

Al final, decidimos ir. Serena no se leería el agua, pero las otras tres nos arriesgaríamos.

La adivina no tenía nada de exótico. Era una doña bajita y rechoncha, que nos recibió en bata y zapatillas de felpa en la cocina de su casa. Y la encimera de formica y el mantel de hule estaban muy lejos de tener nada de esotérico.

—A ver, —me dijo— bebe este agua y escupe aquí.

Obedecí, como buena chica. Escupí en un cuenco de cristal y se lo tendí. Ella se puso las gafas de cerca y escudriñó el escupitajo, mientras mis amigas hacían esfuerzos titánicos para no reírse.

—Hummm —repuso—. Ya veo que lo has pasado mal.

—¿Ah, sí? —pregunté escéptica. Esto se lo dirá a todos. Por algún

sitio tiene que empezar.

—Él no era para ti, niña —responde la doña, mirándome compasiva —. Siempre habría sido lo que él quería. No habrías sido feliz. Es mejor que se casara con otra ¿no crees?

Trago saliva. Esto no me está gustando.

—Pero ese otro...

—¿Qué otro? —pregunto, y la voz me sale un poco chillona.

—Ese. El moreno, el que no es mucho más alto que tú. Ese que te ha decepcionado ahora.

—¡Ah, ese! —se ríen J y Serena sin saber de qué va el rollo mientras yo pestañeo inquieta.

—Ese, niña, es el hombre de tu vida. Ábrele tu corazón. No te cierres en banda porque otro te haya hecho daño.

Me puse pálida. Sé que me puse pálida porque J, Serena y Chiara dejaron de reírse.

—Tengo que salir —le di cinco euros y salí a toda prisa.

Un rato después salieron mis amigas.

—Me ha dicho que voy a tener gemelos —se rió Chiara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó J—. Te has puesto del color de la pared.

—¿Quién es el moreno de tu altura? —inquirió Serena con su típica agudeza.

Suspiré. Y allí, frente a una puesta de sol sobre un campo del color de las manzanas maduras, les conté a mis compañeras de piso toda la historia de Roberto, Perrito, ElReydelPolloFrito y LaChicaNormal.

Urgencia vital

3 de diciembre de 2010

Tenía treinta años. Un hijo en camino. Una familia a la que ya había golpeado la pérdida de otro hijo. Y un dolor banal en el tórax que, después de cinco días, le dolía lo suficiente como para ir a Urgencias.

Se desplomó en la sala de espera. De nada sirvieron los esfuerzos de los urgenciólogos, de los cirujanos —generales, torácicos, cardiacos—, de los intensivistas, del equipo en pleno de Anestesia, que asaltó el banco de sangre para salvarle la vida que se le iba a chorros por la arteria rota.

—Recuperador: cuatrocientos mililitros.

—Parada.

—Masaje.

—Adrenalina.

—Puesta.

—Se ha vuelto a parar.

—Adrenalina.

—Van otros trescientos del recuperador.

—Otra de sangre.

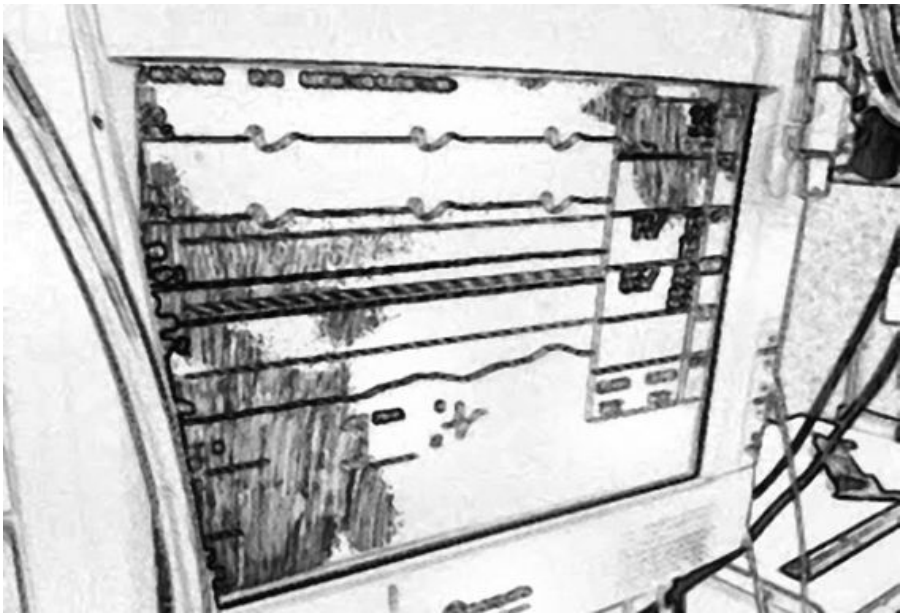
—Pide cuatro más, cuatro de plasma y un *pool* de plaquetas, cagando leches.

—Parada.

—Da masaje.

—Adrenalina.

Pero Enrique se ha muerto. Se ha muerto a pesar de todo. Y se te queda el alma desolada. Has luchado como un jabato... para nada.



Cita a ciegas

6 de diciembre de 2010

Tras la experiencia con la adivina asturiana, me he lanzado de cabeza a llevarle la contraria. Después de todo, soy médico. Se supone que soy científica. Y me parece recordar que, en el método científico, no estaba incluida la lectura del agua para adivinar el futuro. Así que, en ese empeño, acepté una cita a ciegas con uno de los jefes de Chiara.

—Es guapísimo —lo ensalzó ella, excitada. Yo la miré dubitativa con un ojo, mientras me maquillaba el otro en el espejo. Pero esta vez tenía razón. El jefe, en cuestión, era guapísimo. Y más aburrido que el discurso del Rey en Navidad. Fuimos a tapear algo a La Latina y estaba allí, muerta de tedio, escuchando por séptima vez cómo el jefe había bordado la presentación de aquella mañana, cuando vi doblar la esquina a ElReydelPolloFrito.

—¡Oh, Dios! —exclamé—. Y me escondí debajo de la mesa. Ya sé que no es una reacción demasiado madura para una científica acorde al método, pero es lo que hay. El Jefe, pasmado, se asomó por debajo de la madera y me preguntó: —¿Qué te pasa?

—Nooo —me excusé—. Es que se me ha caído una lentilla.

—Aaaah —exclamó él, solícito—. Espera que te ayudo a buscarla.

De pronto, a mi espalda, oí un carraspeo. Me di con la cabeza en la mesa y, cuando adopté al fin la vertical, dolorida, a mi lado estaba ElReydelPolloFrito, con la ceja levantada.

—Ah, hola —balbuceé, deseando que El Jefe siguiera buscando la lentilla imaginaria debajo de la mesa, pero él, al oír el saludo, también emergió de las profundidades—. Este es El Jefe, un amigo. Jefe, este es... —¿un compañero?, ¿un amigo?, ¿el hombre de mi vida?— eh... ElReydelPolloFrito.

—Encantado —dijeron ambos, estrechándose la mano.

—Bueno, me voy —sonrió ElReydelPolloFrito—, que tres son

multitud.

—Oh, no, no —exclamé, rápidamente. Quizá demasiado rápidamente—. Sólo somos amigos, ¿verdad?

—Bueeeeno —terció El Jefe—. Amigos... nos hemos conocido hoy...

Yo los miré a ambos con la sonrisa congelada y deseé morirme. Que un rayo me alcanzara en ese mismo instante.

—Bueno, sí, jajaja, nos hemos conocido hoy.

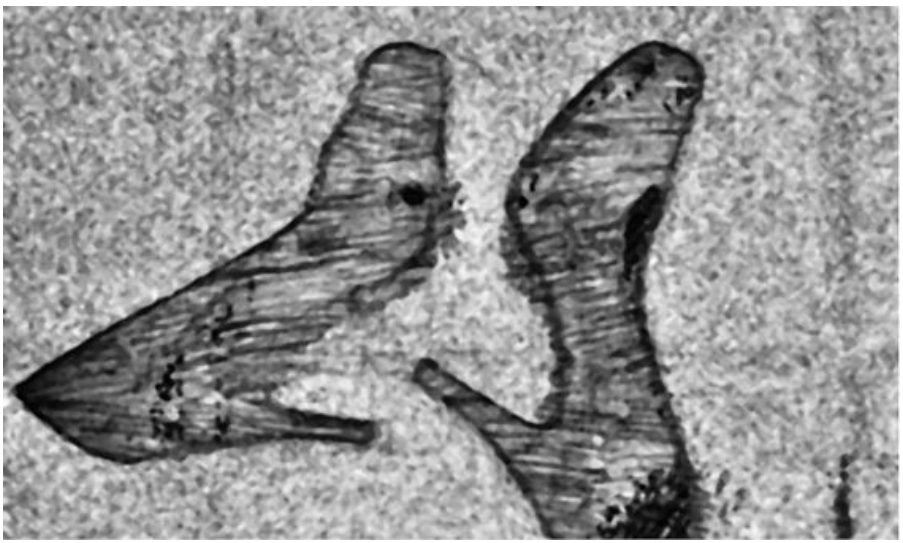
—Pues, con más razón entonces. Me voy y así os podréis conocer mejor... —y se fue.

No me lo podía creer. Con lo grande que es Madrid y tenía que encontrármelo justo hoy. El Jefe siguió hablando durante al menos dos horas hasta que no pude más.

—¿Te importa que nos vayamos? —le pregunté—. Es que, sin lentilla, no veo un pimiento.

—Sí, sí, claro, rezongó él.

Y, luego, le dijo a Chiara que yo era un muermo de tía.



Vida real

15 de diciembre de 2010

La vida no es como en las películas, por mucho que Hollywood se empeñe. En las pelis, cuando la chica mira al chico, se oye una música de fondo y ves como sus labios se juntan lentamente en la pantalla, sin que nadie les interrumpa ese instante sublime. En la vida real, de fondo, suenan miles de conversaciones cruzadas, el pitido de una máquina, el «Maru, que vengas a hacerle una *gaso* al de la cama dos» a grito pelado. Y, *para más inri*, te interrumpe una tipa que no sabes si tiene o no algo con el chico. Y tampoco tienes muy claro si el chico es «el chico» o un jeta total. En resumen, que la vida real es de lo más complicada.

Hoy estaba en Recuperación haciendo un ingreso, inmersa en los sodios y los potasios de un nefrópata, cuando noto que me miran. Levanto la vista y, a menos de cincuenta centímetros de mi cabeza, veo los ojos de ElReydelPolloFrito clavados en mi cara. La verdad, lo tengo hasta en la sopa. ¿Querías evitar al chico, Jomeini?, pues... ¡hala! Toma dos tazas.

—Hola —dice, mientras el café y la tostada del desayuno dan un vuelco en mi estómago—. Concentración total ¿eh?

—Sí —sonrío. Y él se queda callado. Y yo también. Nos miramos a cincuenta centímetros de distancia. Pero no suena *Take my breath away*, aunque en este momento me falte el aliento, sino la voz de LaChicaNormal que dice:

—Aire, aire, que aquí se corta el aire entre vosotros con cuchillo, y nos separa riendo.

Fue como si oyera una nota falsa en medio de la canción.

Vacaciones

17 de diciembre de 2010

En Madrid, hace días que las luces de Navidad iluminan la Castellana por las noches. Y más días aún que el frío obliga a refugiarse en casa, aunque, con tanta guardia, últimamente, yo no la pise mucho. Pero hasta hoy, a mí el aire no me olía a Navidad: ese perfume combinado de abeto, papel de regalo y naranjas. Hasta hoy, porque faltaba el ingrediente imprescindible: vacaciones. Hoy, camino del aeropuerto para ir a mi casa, todo me huele a Navidad. Hasta el día de Fin de Año —que tengo guardia—, voy a desconectar, a pensar, a tomarme tiempo para dormir y a dejarme mimar por los que más me quieren. Hasta entonces.

Guardia de Fin de Año

1 de enero de 2011

He partido el año en el hospital. Y he tomado las uvas en una mesa llena de personas vestidas de verde: neurocirujanos, cirujanos generales, enfermeros, auxiliares, traumatólogos, anestesistas... Cada uno llevó una cosa y, por una vez, comimos juntos y en paz, riendo de lo ridículo que quedaban los gorros de cotillón con el pijama de quirófano. Sonaron las doce en el reloj de la tele y todos nos dimos prisa con las uvas. Los residentes extranjeros, que no están acostumbrados a meterse en la boca doce uvas a toda pastilla, se atragantaban y tosían mientras los demás empezábamos a felicitarnos. De pronto, tengo delante de mí al ReydelPolloFrito *in person*: —Feliz año fea —me dice.

—Feliz año piojo —le respondo con una sonrisa.

Y se inclina y me da un pico. Recuerdo haber leído en algún sitio un poema que decía «Fue un beso corto/ sólo un roce/ que puso su ala en mi boca/ y se hundió, *infinito,* en mis entrañas». Exactamente así me sentí yo. Por unos segundos, confusa. Con el estómago lleno de mariposas, de esa manera emocionante que no había sentido desde que era una cría, cuando todavía creía que ser bruja era lo más de lo más y que el mundo estaba lleno de magia. Luego, él se da la vuelta y yo me quedo allí. Preguntándome qué ha pasado. Si realmente ha pasado algo. Y entonces, suena el busca, desde Paritorio, devolviéndome a la realidad.

—Cesárea urgente.

—Voy.

Y empiezo el año corriendo escaleras arriba para ayudar a nacer al primer niño del 2011.

Quiero ser una chica bombón

4 de enero de 2011

Mis compañeras de piso me regalaron por Navidad un masaje de chocolate. Y, como soy una novelera, allá fui a dármelo.

Nada más llegar te dejan en pelota picada y te pasan unas bragas desechables. Las llamo bragas por llamarlas algo: eran una tira de papel elástico a la cintura, de la que colgaba otra tira de papel, que no tapaba nada ni por delante, ni por detrás. Así que te tumbas en una camilla en porretas, con un taparrabos de papel y esperas. Entonces, aparece una rubita que me dice:

—Primero, te voy a dar un masaje exfoliante para quitarte las pieles muertas.

Y se pone venga a frotarme los menudillos con una crema a base de cantos rodados que, si no tenía pieles muertas, me las mataba seguro.

—Hala, venga, ahora a la ducha.

Me quito la seudobraga. Me ducho obedientemente, sintiéndome como si me hubieran dado una somanta de palos. Me vuelvo a poner la seudobraga —no sé para qué, pero, bueno, donde fueres...— y retorno a la camilla.

—Ahora el chocolate —dice La Rubita.

Y me embadurna, por delante y por detrás, con un líquido marrón viscoso, dejándome cual Xena, la Princesa Guerrera, tras un combate de barro. Me *encroqueta* bien *encroquetada* y me envuelve en *film* transparente, como si fuera un bocadillo de Nocilla con mucha miga. Me cubre con una manta eléctrica y la oigo trajinar con los mandos.

—Ay, espera, esto no responde...

Se va y me deja allí, *encroquetada* y envuelta en *film*. En semejante situación, mi mente tremendista, en vez de relajarse con la luz tenue —no se veía un pijo— y la música suave, lo que hace es ponerse a

trabajar a mil revoluciones... A ver si la condenada manta me va a dar un calambrazo. Ya me veo llegando a la puerta de Urgencias...

—Paciente mujer de veintiséis años, parada cardiorrespiratoria por descarga de manta eléctrica durante un masaje de chocolate... ¡Cuidado, que resbala!

Y yo ahí, en la camilla del cuarto de parada, como si fuera *La Cosa* de los cuatro magníficos con taparrabos.

Cuando, en mi mente, están a punto de volver a intentar darme RCP básica —la primera vez, el médico resbaló en el chocolate y se dio un mamporro con la enfermera—, vuelve La Rubita con una compañera. Se agachan las dos ante los mandos de la manta.

—Es aquí, ¿ves?

—Ah, vale, gracias.

Y un calorcillo tremendamente agradable empieza a extenderse por mi cuerpo. La Rubita y la otra se van *para que me relaje* y me dejan a solas. Yo y mi circunstancia. En esto, me empieza a picar una pierna. Pero no puedo rascarme. Independientemente de que mis cuatro extremidades están plastificadas, cada vez que me muevo resbalo más que un jefe al que le hablan de vacaciones. Así que me aguanto hasta que viene La Rubita y me vuelve a mandar a la ducha.

Ya duchada, retorno a la camilla por tercera vez. Entonces, con manos como mariposas, me da un masaje con aceite. Un masaje de verdad. *Ooooh*, eso sí que es un gusto. Que se quiten los chocolates y demás mandangas.

La vida es un *reality show*

9 de enero de 2011

Escenario: paritorio del hospital. Una ingenua anestesioblasta se adentra en las profundidades de esta selva hostil para cumplir su misión: poner una epidural nocturna. Abre, con cuidado, la puerta de un cubículo...

—Hola, soy la Doctora Jomeini, vengo a ponerte la epidural

En la cama, Jennifer, veinte años, ciento diez kilogramos de peso. Rubia de bote. En los hombros, un cristo clavado en la cruz tatuado de lado a lado. En cada nalga, un ramillete de flores, que se entrelazan en el medio. Por suerte —o, por desgracia—, el tatuaje deja libre de L2 a L5, justo el sitio donde tengo que pinchar.

A su lado, espécimen masculino tipo Torrente, cuyo olor a *Eau de sobac* impregna la habitación. El padre, supongo. Y ese *supongo* también debe haberlo pensado él porque, nada más presentarme, me espeta:

—Oiga, usted que sabe de esto, ¿sabe dónde puedo hacerme las pruebas de paternidad?

Me detengo a medio camino entre la puerta y la mesita donde preparo mis trastos. La mandíbula se me descuelga, sin poderlo remediar, unos centímetros y todavía más cuando oigo la contestación desde la cama.

—Que el hijo es tuyo, subnormal, *uf,uf,uf* —dice Jennifer, entre contracción y contracción—. Que con el Yoni no pasó nada.

Jesús, María y José. Qué veinte años más intensos tiene la moza. Quién lo diría. Pongo cara de póker y le digo al Torrente:

—No, caballero, lo siento. Eso no entra dentro de mi campo de trabajo... —Y tanto.

En eso se abre la puerta y entra algo así como un cruce entre Tina

Turner y Martirio: la madre amantísima.

—¡CABRÓOOONNN! —suelta con ojos desorbitados mirando al Torrente. Ni corta ni perezosa, agarra su bolso y se lía a bolsazos con el hombre.

—MAMÁAAA, *uf, uf, uf*. TRANQUILAAAAA.

Casi espero que se abra la puerta y aparezcan las cámaras de *El diario de Patricia*. Pido ayuda y enseguida sacan de allí a Torrente y a Jennifer-madre, que prosiguen la bronca en la sala de espera. Los gritos se oyen a través del pasillo mientras me lavo y me concentro en poner la epidural.

Para que luego digan que hacer Anestesiología es aburrido y que no tienes contacto con los pacientes...

Guindillas y pimiento morrón

14 de enero de 2011

Mientras yo paso los días preguntándome por el significado de un beso y buscando a ElReydelPolloFrito por las esquinas del hospital, Chiara no pierde el tiempo. Olvidada ya de sus problemas idiomáticos con Guadalberto, ha empezado a salir con el cocinero de un restaurante italiano, llamado Luigi. El domingo por la noche, Luigi fue nuestro chef particular. Con muchos aspavientos, preparó unos *tagliatelle all'arrabbiata*. Ya sabéis, esos que llevan una salsa con tomate, perejil y mucha guindilla. Unos *tagliatelle* que tomamos congelados. ¿Por qué? Os cuento. Después de servir la mesa, Luigi se fue al baño. Desde allí, llamó a Chiara, con un grito angustioso. Las otras tres estábamos esperando para empezar a comer cuando del baño empezó a llegarnos todo un coro de gemidos y exclamaciones en italiano. Nos miramos, incrédulas.

—Ya podían haber esperado a que termináramos de comer —susurró Serena enfadada.

—Pero... —preguntó J—, ¿tú crees que están...?

—Mujer, esos ruidos, por lo menos, lo sugieren —respondió ella mientras empezaba a enrollar los *tagliatelle* en su tenedor.

De pronto, se oyó abrirse la puerta del baño y la voz de Chiara que llamaba: —Jomeini, Jomeini, por favor, ven.

—Hala —se rió J— vete. A lo mejor quieren hacer un trío.

Yo la miré con cara de malas pulgas y me acerqué, cautelosamente, a la puerta del baño.

—Chiara, por Dios, bajad un poco el volumen... —le recriminé.

Ella me miró con sus ojos azules abiertos como platos:

—Pero... pero... ¿qué dices? —de pronto se dio cuenta de a lo que me refería— ¡Oh! ¡Estás pensando que estamos...! —me miró como si

estuviera loca— No es eso, idiota, Luigi está mal.

—¿Qué le pasa?

Cuando me lo contó, desesperada porque no sabía qué hacer, yo no pude evitar reírme. Tras servir los platos, Luigi fue al baño a hacer pis, pero olvidó lavarse las manos después de toquetear las guindillas. Resultado: un pimiento morrón que costó un buen rato controlar.

Seguro que los *tagliatelle all'arrabiatta* de Luigi están buenísimos calientes, pero dudo que vuelva a cocinarlos para nosotras tras el cachondeo que tuvo que aguantar.

El toro por los cuernos

20 de enero de 2011

—Ya está —me dije, frente al espejo—. Se acabó, Jomeini. Ya está bien de tonterías. Es hora de coger el toro por los cuernos y olvidarte de darle vueltas a un beso robado. Te gusta ¿no? Pues ya está. A por él, se ha dicho.

—¿Qué haces, Jomeini? —me preguntó él esta mañana, tres horas después de mi charla con el espejo.

—Pues aquí, pensando en ir a ver esta peli. ¿Quieres venir conmigo? —eso fue lo que quise decir, pero sonó algo así como *¿quipensandoenverestapelivenirconmigo?*

—Claro —contestó, sonriendo de oreja a oreja—. Genial. ¿Cuándo quedamos?

—Mañana a las 20.30, en este cine ¿vale?

—Vale. Hasta mañana, fea.

—Hasta mañana, piojo.

Mi suspiro de alivio pudo oírse en todo el quirófano. ¡Tengo una cita con ElReydelPolloFrito!

La pre-cita

21 de enero de 2011

J dice que cuando una se depila para ir a una cita es que va a matar. Así que lo primero que he hecho esta tarde es ir a depilarme. Y, luego, he abierto el armario y me he pasado una hora, en bragas y sujetador, probándome modelitos, sin que ninguno me convenciera del todo. Al final, después de muchas disquisiciones, me he decidido por un pantalón negro y una blusa con transparencias.

—Eso, eso —jaleó J, cuando me vio pasar taconeando por delante de la puerta del salón—. Transparente, para ponerlo enfermo.

Hay que decir que la relación de J con los tíos está un poco perjudicada después de su experiencia con Empanadadebonito. Le sonreí, sin hacerle caso, mientras cogía el abrigo y salí a la calle.

Siempre llego puntual. Es más un defecto que una virtud porque siempre me toca esperar. Y esta vez no fue la excepción. Esperé cinco minutos, diez, quince, veinte... La gente que hacía cola para entrar al cine me miraba de reojo. «No, no me han dado plantón» —quería decirles—, pero a medida que pasaban los minutos no podía evitar recordar una escena de una peli de Meg Ryan en la que ella espera durante horas a que él llegue y él nunca aparece. Y entonces, lo vi. Guapísimo. Apurado. Buscando mi cara entre la gente. Levanté la mano y lo saludé. Y vino hacia mí con una sonrisa.

—*Uf*, lo siento —se disculpó, dándome un beso suave en la mejilla —. El quirófano se ha complicado.

Y algo, una vocecita interior, me dijo que oiría esa frase más de una vez desde entonces.

La cita

21 de enero de 2011 (más tarde)

Permanecimos sentados, sin tocarnos, durante toda la película. Intensamente conscientes de la presencia del otro. Sin decir nada. Sin enterarnos de la peli tampoco. Cuando salimos, ElRey me preguntó:

—¿Quieres ir a comer algo? Conozco un japonés cerca de aquí que está genial.

¿Un japonés? ¡Madre del amor hermoso! ¿Dónde quedaron las tapitas? Por no decir que soy la persona más torpe a este lado del ecuador en manejo de palillos. Noooo, no puedo perder de esa forma el *glamour* en nuestra primera cita. Aparte de que, con el nudo que tengo en el estómago, el *sushi* puede ser como la bomba atómica sobre Hiroshima.

—La verdad es que no tengo demasiada hambre —dije, con una sonrisa de disculpa— ¿Y si picáramos algo?

—Vale —asintió él, cogiéndome de la mano—. Ven. Conozco un sitio que te va a encantar.

En el bar, con unas cañas, nos mirábamos como miran los perros a los de su misma especie. Sintiéndonos similares, pero con recelo.

—Estás muy guapa —dijo de pronto, sin venir a cuento.

—Hombre, en cuanto una se quita el pijama antilujuria del hospital, mejora. Eso está claro.

—A mí no me parece que tu pijama sea antilujuria. Te queda bien —me espetó con una sonrisa maliciosa.

—Ya. Eso se lo dirás a todas, guapo. Que eres un perro ladrador, pero poco mordedor.

—Cuando quieras, te muerdo.

Bajé los ojos y crucé los dedos en la espalda, ofreciéndole la boca.

—Pues muérdeme.

Y me la devoró a besos.

Orlando

2 de febrero de 2011

ElReyDelPolloFrito y yo llevamos una semana sin separarnos. Sí, ya sé que somos un poco plastas, ya lo sé, pero es algo que, por ahora —esa fiebre del primer mes— no podemos evitar. El problema es cuando estamos en el trabajo. Hemos decidido, de común acuerdo, no decir nada en el hospital. Más que nada, para evitarnos el cachondeo padre de «Huy, te has pasado al otro bando del quirófano» o «Estás durmiendo con el enemigo». En fin, esas cosas... Pero es complicado disimularlo, porque, cuando estamos juntos, el aire se carga de electricidad y casi pueden verse las chispas saltar.

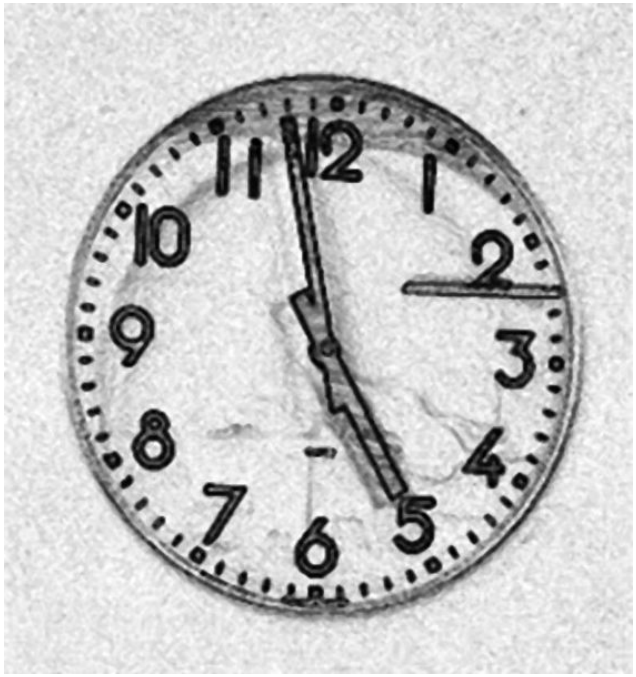
—Hola doña Carmen —le decía, hace dos días, a una paciente—. Soy la Doctora Jomeini, la residente de Anestesia. Voy a estar con usted en quirófano.

—*Oigh*, qué gusto, doña Carmen —oigo la voz de ElRey detrás de mí— ¡Qué residente de Anestesia más guapa le ha tocado en gracia! Y es un tesoro de chica, se lo digo yo.

La paciente sonríe, mientras yo deseo que me trague la tierra en ese mismo instante. Mi adjunta lo mira con ojos como platos. Cuando él se va, me susurra:

—Aquí hay tomate, Jomeini.

Yo niego con la cabeza, haciéndome la inocente. Tomate, no. Aquí hay *Orlando*. Si ella supiera...


12
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

Tiempo

11 de febrero de 2011

Necesito tiempo. Para estudiar. Para dormir. Para hacer el amor. Para escribir. Para soñar sueños imposibles en la marea de la tarde. Simplemente, para no hacer nada. Tiempo que se me naufraga en cada hora del día.

—Jomeini, mañana estás en la prolongación del quirófano de columna. Revísate la cirugía. ¡Ah, y saldrás tarde!

—Jomeini, lo siento, te toca hacer la guardia del viernes. LaChicaNormal está enferma.

—Jomeini, el miércoles tenemos examen de cardiovascular.

—Jomeini, prepárate para el jueves la sesión de anestésicos inhalados.

Y yo oigo mi corazón, desplegando sus latidos salvavidas, cada vez más rápidos. Previendo que se desate la tormenta de mi angustia.

Por favor. Por favor. Necesito un respiro.

J y la llamada de teléfono

16 de febrero de 2011

J tiene una melodía en el móvil que es insoportable. Es como un claxon, bastante estridente, que va aumentando de intensidad a medida que suena y que me pone de los nervios. Sobre todo, porque ella, con toda su calma chicha, siempre termina lo que está haciendo antes de coger la llamada.

—*Moc, Moc, Moc* —empieza a sonar bajito desde su habitación.

—¡J! —grito— ¡Te llaman!

Ni caso. El claxon suena cada vez más fuerte.

—*MOC, MOC, MOC*.

—¡J, que cojas el maldito teléfono! —vuelvo a gritar desesperada por no poder concentrarme en el examen que estoy estudiando y que tengo mañana.

De pronto, la oigo cantar en el baño. ¡Cielos, se está duchando!

—*MOC, MOC, MOC* —insiste el claxon. Sé que seguirá sonando al menos treinta segundos más, así que me levanto, recorro el pasillo hasta su habitación y respondo: —¿Sí?

—¿J?

—No, soy Jomeini, su compañera de piso. Es que ella está en la ducha...

—Ah, hola, Jomeini.

—¿Empanadadebonito?

No, no dije eso. Dije algo como ¿¿¿EMPANADADEBONITO???

—Bueno, oye, —continuó él, sin hacer caso de mi *patidifusez*— dile que llego algo tarde.

—¿Que llegas algo tarde? —repito, demasiado aturdida para reaccionar—. Vale, vale, yo se lo digo.

Y cuelgo. Pero... ¿qué pasa aquí? Oigo la puerta del baño. J sale cantando por el pasillo envuelta en una toalla. Se para al verme en su puerta con el teléfono en la mano y cara de KO.

—¿Qué pasa?

—He contestado una llamada.

—¿Sí? ¿Y quién era?

—Empanadadebonito.

J se queda quieta, con expresión culpable.

—Pero, J... —empiezo.

—Ya, Jomeini, ahórrate el sermón. Lo sé. Pero todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad.

—Bueno, procura mantener a salvo tu corazón esta vez. —Dije, antes de darme cuenta de que el mío no lo está en absoluto.

Carnaval, carnaval

19 de Febrero de 2011

Como este año ha sido imposible conseguir un billete barato para ir a mi tierra en Carnaval, decidí montarlos en Madrid. Hablé con el dueño de un garito de copas y negocié con él el precio de organizar una fiesta de Carnaval. Luego, puse carteles en el hospital —donde especificaba *imprescindible disfraz*—. Me disfracé de flor, con pétalos alrededor del cuello hechos con telas plateada, verde y lila y me pinté la cara de verde y plateado. Lo coroné con una peluca verde con flores entrelazadas en el pelo. Tal vez me pasé un poco con el verde. O un mucho. Seamos sinceras: parecía un repollo andante, aunque mi intención era hacer un disfraz lucido y *sexy*.

Había quedado en el garito con mis compañeras de piso, que salían tarde de trabajar, y con ElRey, que iría disfrazado de ídem y que tenía parte de tarde. Pero no conté con que esto es Madrid y lo que, en Tenerife, no hubiera hecho levantar ni las cejas, aquí fue toda una revolución.

—¿De qué va vestida esa chica? —preguntó un niño al verme entrar en el vagón del metro.

—Pues yo creo que va de *Ben 10* —respondió su madre.

Vale. La cosa es peor de lo que yo pensaba. No parezco un repollo. Parezco un alienígena.

Llego al local. Demasiado pronto. No hay casi nadie. En una esquina, veo sentados a algunos intensivistas, cuya idea de disfrazarse es ponerse un antifaz vestidos de calle. Cuando entro, me miran con los ojos a cuadros.

Lo único bueno de mi disfraz es que no me reconoce nadie —pienso.

—Jomeini —me doy la vuelta y sonrío aliviada. ElRey viene acompañado de mis compañeras de piso y de Hippo. J va vestida de

Catwoman, Serena de vampiresa, Chiara de lechera e Hippo de vaquero. Detrás de ellos, van entrando más mascaritas: Empanadadebonito vestido —¿cómo no?— de Príncipe Encantador, el *resi* de cirugía de japonesa, dos enfermeras de los quirófanos de payasas...

Me parece que finalmente la cosa va a estar mejor de lo que yo creía.

Los hombres son la leche

24 de febrero de 2011

Los hombres son la leche. De verdad. Y si no: ojo al dato. Estoy poniendo una espinal a una paciente con más años que Matusalén. Lógicamente, me está costando. Que la paciente colabore. Que la aguja entre donde tiene que entrar. Que el adjunto deje de mirar sus guantes, resoplando porque tardo. O sea, una situación de todo menos relajada. Cuando entra ElRey en el quirófano:

—Hola Jomeini —saluda.

—Hola —farfullo yo, concentrada, sin levantar la vista. Al fin. Ahí está el espacio. Veo salir el líquido cefalorraquídeo de color ambarino y coloco la jeringa del anestésico.

—Te quería pedir un favor —sigue diciendo ElRey, como si tal cosa —. Es que mi madre y mi hermana vienen hoy a última hora a ver al ginecólogo. Y yo no voy a poder acompañarlas a la consulta. ¿Te importaría acompañarlas tú cuando salgas?

Coloco el anestésico y ya me hago la picha un lío con el apósito. Flipo. Vamos a ver si lo he entendido bien. Pretende que acompañe a su madre y a su hermana —a las que no conozco de nada— vestida de pijama antilujuria. Sin avisarme para tener el pelo perfecto y el maquillaje perfecto. Me lo dice en medio de una técnica anestésica en un quirófano lleno de gente. Y encima pretende que esté contenta.

Si es que son la leche. De verdad.

La suegra

24 de febrero de 2011 (más tarde)

Cuando yo era adolescente, devoraba los cómics de Tintín. En realidad, si lo miramos bien, el personaje principal es de lo más soso: un periodista demasiado listo, demasiado asexual, demasiado anodino, pero rodeado de una galería de secundarios de lujo, que es lo que da sal y pimienta a la historia: el capitán Haddock, el profesor Tornasol, los increíblemente disparatados Hernández y Fernández... Sólo había un personaje secundario que me sacaba de quicio: la Castafiore, con su busto tan arrollador como su carácter y acompañada siempre por su fiel Irma. Pues bien. Mi *suegra* es un clon de la Castafiore. Y mi *cuñada* es clavadita a Irma.

Nos encontramos en la puerta del hospital.

—Hola —me presento—. ¿Es usted la madre de ElReydelPolloFrito? Soy Jomeini —¿la novia?, ¿la amiga?, ¿la *quécoñosoy* de su hijo?—, esto... ElRey me ha pedido que las acompañe a la consulta de Gine.

—¿Jomeini? —pregunta, con una voz atiplada y mirándome de la cabeza a los pies— ¡Oh! Mira, Irma, esta es Jomeini.

Irma sonríe, distraída.

—Encantada, encantada —dice para su cuello.

—Hum, sí —dictamina La Castafiore, con un mohín—. Bueno, pues vamos ¿no?

—Sí, sí, claro —me apresuro a abrir la marcha. Pasan uno, dos, tres segundos mientras trato de buscar, desesperadamente, un tema de conversación. De pronto, La Castafiore mira dentro de su bolso.

—¡Oh! —exclama. Casi espero que diga: «¡Mis joyas!», pero no— Irma, no he traído tu tarjeta sanitaria. ¡Qué calamidad!

—No pasa nada, mami —dice Irma, mansamente—. Ya me haré la revisión otro día.

—No creo que pase nada si tiene historia aquí —apunto, mientras La Castafiore vuelve a examinarme con lupa.

—Y dices... —me dispara— que también haces Traumatología...

¿Cuándo he dicho yo semejante cosa, doña? Me aclaro la garganta y respondo: —No, no, yo estoy haciendo Anestesia.

—Uf, qué aburrido ¿no? —suelta una risotada brusca de lo más desagradable.

—Hombre, para mí no lo es —contesto decidiendo ser políticamente correcta.

—Ya, bueno, —dice, lanzando un suspiro un tanto esnob— es que no te dio el número del MIR para Cirugía, claro...

Trago saliva. Cada vez me cae más gorda la madre de ElRey. Y tengo la impresión de que la consulta de Ginecología queda a años luz de la puerta del hospital.

—Pues no —respondo, un poco tensa—. Podría haberla elegido, si hubiera querido. Pero es que a mí me gusta Anestesiología. ¡Qué le voy a hacer! Soy así de rara.

La Castafiore vuelve a reírse.

—Pues sí que eres rarita, sí —determina, sin captar, en absoluto, mis ironías— ¿verdad, Irma?

Irma, asiente, como los borregos.

—Y exactamente... —sigue preguntando su madre—, ¿de qué conoces a mi hijo?

La miro a los ojos, mientras, en mi hombro derecho, el demonio me susurra: «Lo conozco de lo bien que besa, lo conozco como una mujer conoce a un hombre, lo conozco de aspectos que tú jamás conocerás...», pero me rehago y consigo decir: —Eh... estooo... somos compañeros de trabajo… Es aquí —¡Al fin! La puerta de la consulta de Ginecología está enfrente.

—¡Oh, bien! Gracias... ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Jomeini —mascullo.

—¡Qué nombre tan ridículo! —suelta una carcajada que parece un graznido—, ¿verdad, Irma?

—Sí, mami.

—Bueno, —los oídos me pitan como si tuviera en el pecho una olla a presión— aquí las dejo, que tengo trabajo que hacer.

—Ah, sí, gracias, Jumanji.

—Jomeini —corrijo—. Adiós.

Pues empezamos bien.

Estrategias

24 de febrero de 2011 (aún más tarde)

Las relaciones de pareja son como el Stratego. Una coloca sus fichas de dos caras y las mueve, a lo largo del tablero de los días en común, bien con un movimiento de ataque, bien con un movimiento de defensa. A veces, no queda más remedio que hacer de tripas corazón y sacrificar algún soldado en pos de ganar la guerra.

Bajé las escaleras desde la consulta de Gine donde había dejado a La Castafiore y a su fiel Irma, como la que se bate en retirada del campo de batalla, extenuada por las bombas. Entré en los quirófanos y abrí la puerta del quirófano de Trauma. ElReydelPolloFrito levantó la vista del campo quirúrgico y me miró, algo ansioso.

—¿Las has acompañado?

—Sí.

—Y… ¿qué tal? —preguntó sin atreverse a más.

—Ah… esto… son muy agradables —contesté, mientras mis soldados rasos caían ante el movimiento hipócrita de su mariscal jefe.

Todo sea con tal de ganar esta batalla.

Doña Pasita o el don de la paciencia

6 de marzo de 2011

Una de las desventajas que tiene el trabajo de médico es que es un trabajo, en la mayoría de los casos, de cara al público. Y hay veces que, en un trabajo de cara al público, una se asombra de la cara tan dura que se gasta el público. Otras veces, el público tiene una boca más grande que la del metro de Callao. Y por último, en ocasiones, el público es sencillamente insufrible.

Doña Pasita. setenta y siete años. Haciendo honor a su nombre, tiene más arrugas en el cuerpo que un *shar pei*. Cabellos teñidos en un color indefinible: rojo-rosa-naranja o algo así. Viene a operarse de los pies que, debido a una artritis reumatoide, parecen sacacorchos. Con mi sonrisa de los domingos, le digo: —Hola, doña Pasita, soy la residente de Anestesia.

—La ¿qué?

—La residente.

—¿La auxiliar?

—Bueee... soy una médico que está formándose para ser anestesióloga.

—Lo que tú digas, niña... —en otras palabras, se la trae al pairo.

—Y esta es mi adjunta, la DradelBolsodeGucci.

Doña Pasita vuelve la cara hacia ella y suelta un alarido de película de terror. La DradelBolsodeGucci da un salto de un metro hacia atrás y la mira, espantada.

—Ay, qué gracia, niña —se ríe doña Pasita— ¿te asusté?

—Noooo, qué va —le dice, toda ironía, mi adjunta.

Una vez recuperada su frecuencia cardiaca, la DradelBolsodeGucci

le explica a la paciente que, en su caso —cardiópata, nefrópata y todos los *ópatas* posibles—, lo más idóneo es una anestesia regional, de cintura para abajo.

—Ah, no, no —protesta indignada Doña Pasita— la que decide la anestesia soy yo y el doctor Estoybuenoquetecagas, el traumatólogo.

—No, perdone doña Pasita —le dice la DradelBolsodeGucci, firme pero educadamente—. Usted puede opinar y, por supuesto, negarse a ser anestesiada, pero la que decide la anestesia más adecuada para cada paciente soy yo, que para eso soy la especialista en el tema. Y aquí, el doctor Estoybuenoquetecagas no tiene mucho que opinar.

Al final, rezongando, doña Pasita entra en quirófano y se le hace una espinal. Tras colocar el telón, doña Pasita vuelve a rasgar nuestros tímpanos con otro de sus alaridos.

—AAAAAAAAAAHHHHHHH.

—¿Qué le pasa, doña Pasita? —le pregunto.

—Mis respiraciones. Tengo que hacer las respiraciones para tranquilizarme.

—Y ¿tienen que enterarse hasta en Sudáfrica? —piensa, ácidamente, mi cabeza, pero me limito a decir: —Ah, vale.

Doña Pasita empieza a respirar profundo, al tiempo que grita: —Inspiro, espiro, inspiro, espiro...

Mientras, detrás del telón, la DradelBolsodeGucci cruza las piernas para no mearse viva de la risa.

—¿Qué tensión tengo?

—140/80.

—Huy, qué alta.

—No está alta, doña Pasita. Es normal.

—Y tú qué sabrás...

Ahora soy yo la que tiene que hacer respiraciones.

—¿Toma usted mucho alprazolam? —le pregunto asombrada de que con seis miligramos de midazolam siga tan pichi.

—Alguno de vez en cuando.

«Su marido debe de tomarlo a paletadas», vuelve a meter baza mi subconsciente.

El doctor Estoybuenoquetecagas empieza a operar. Doña Pasita, con ocho miligramos de midazolam *pa'l cuerpo*, sigue hablando como si tomase gominolas.

—Doctor Estoybuenoquetecagas, ¿cuántas agujas me va a poner?

—Tres.

—¿Son grandes?

—No.

—Que no me queden feos. Que yo en los pies no tengo callos.

Callos no, pero las uñas como mejillones, sí.

—Porque voy a un callista en mi pueblo que es también dermatólogo.

Y que se sacó el título en la ruleta de la feria.

—Mire, doña Pasita, no hable que me despista —dice el traumatólogo mientras me hace gestos desesperados para que tumbe a la doña. Yo levanto los hombros, impotente.

Pasan uno, dos, tres segundos de silencio.

—Doctor Estoybuenoquetecagas.

—Dígame, doña Pasita.

—¿De dónde es usted?

—De aquí, doña, de aquí.

—Aaaaah.

Su cabeza rojo-rosa-naranja da un giro imposible, en plan niña del exorcista y me mira: —Niña, tienes cara de buena persona.

Lo soy, lo soy. Por eso no la he estrangulado.

Calamity J

11 de marzo de 2011

Es triste, pero real como la vida misma. Las mujeres somos capaces de lo que sea para que el hombre en el que
hemos posado los ojos nos haga caso. Nos depilamos. Nos levantamos antes para secarnos y alisarnos el pelo. Nos maquillamos. Nos calzamos unos tacones de quince centímetros mientras nuestros pies cantan la dolorosa. Algunas dirán que todo esto no tiene nada que ver con los hombres. Olé por ellas. En el caso de J no es así.

Ya os conté hace tiempo que mi amiga J había caído en las redes de EmpanadadeBonito. La combinación de los pajaritos mentales de ella con la mononeurona haciendo eco de él no funciona. Y ella está desesperada por llamar su atención. Todos los días se levanta con el alba, se apodera del baño y se pasa horas acicalándose antes de ir a trabajar mientras nosotras tres, legañosas y enfadadas, aporreamos la puerta. Pero es evidente que no, que la cosa no va bien. Cuanto más se esfuerza ella, menos interés tiene él. Es la ley de la atracción inversa, que nunca ves cuando eres parte implicada. Aunque... hace poco pensé que todas estas teorías mías estaban equivocadas. Os cuento. Salía de casa porque ElRey y yo íbamos a ver una peli al cine y J colapsaba, como de costumbre, el cuarto de baño.

—J, que tengo prisa —suplicaba yo lastimosamente al otro lado de la puerta.

—Es que esta noche voy a dejar muerto a EmpanadadeBonito —me respondió ella, misteriosa, sin abrir ni una rendija.

Al final, me rendí. Me hice la raya del ojo como pude en un espejo de mano y me fui.

Al día siguiente, J entró en el salón caminando como si acabara de bajarse del caballo.

—Vaya —dije, con sorna —. Parece que tuviste éxito anoche. Si

casi no puedes caminar, hija.

Ante mi sorpresa, J se echó a llorar, desconsoladamente.

—Pero... ¿qué te pasa, J?

—No fuiiiiii —sollozaba ella—. No pudeeee.

—¿Por qué? —le pregunté, curiosa— ¿Qué te pasó?

—Me pasó que quería estar de lo más *sexy* y se me ocurrió hacerme unas ingles brasileñas, *buaaaaaa* —siguió llorando sin darse cuenta de mi cara de pasmo— y me las hice con crema depilatoria, *buaaaaa*, y me queméeeeee. Y ahora, no puedo ni andaaaaar, *buaaaaa*.

Lo que yo digo. Lo que no hagamos las mujeres...

Doña Perfecta

16 de marzo de 2011

En todos sitios cuecen habas. Es lo que me digo para consolarme después de una guardia —o de un quirófano— con Doña Perfecta. Que seguro que todos los servicios de Anestesia de todos los hospitales del país tienen a su Doña Perfecta. Que no soy yo la única a la que una adjunta le hace la vida imposible. Pero, la verdad, no me consuela. Porque mal de muchos, consuelo de tontos, que dicen.

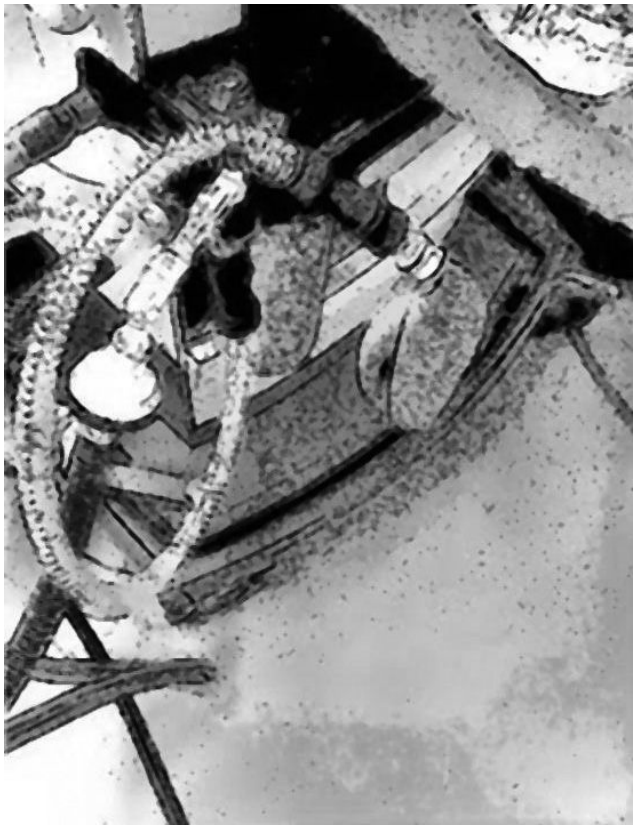
«¿Qué puede faltar?», me pregunto después de revisar la medicación, la máquina, la historia del paciente... Porque sé, sin lugar a dudas, que ella encontrará un fallo. Algo. Aunque sea sin importancia. Un pequeño detalle en el que yo habría caído más pronto o más tarde. Pero un fallo, a fin de cuentas. Y torcerá la boca. Y suspirará clamando al cielo por lo inútil que soy. Y yo, tonta de mí, me siento inútil. Y tan, tan imperfecta.

Amor escondido

26 de marzo de 2011

«Te quiero», le dije. Se me escapó. Estaba un poco achispada. Ambos lo estábamos. Acabábamos de venir de una fiesta en casa de Miss Vogue. Una fiesta un poco cutre, todo sea dicho. Y, con el rollo de que nuestros compañeros aún no lo saben, ni nos habíamos rozado. Así que llegamos a mi cama como desesperados, rodando por encima de las sábanas y tirando de la ropa que se interponía entre nosotros. Al final, permanecimos tranquilos durante un minuto, unidos, acoplados. Él ni siquiera se dio cuenta de que había entrelazado sus dedos con los míos. Fue entonces cuando lo dije. Y me arrepentí dos segundos después de que las palabras escaparan de mi boca. Cuando vi la mirada de sorpresa en sus ojos. Pasaron dos, tres, cuatro segundos eternos. Él sonrió y dijo: —Ahora lo sé.

Y nada más. Desde entonces, ha estado extraño. A veces, levanto la mirada y encuentro la suya, calculadora, como preguntándose qué hace conmigo. Oh, Dios... ¿qué he hecho?



Los misterios del Valsalva

30 de marzo de 2011

Cuando una llega al hospital, recién acabada la carrera, llega más verde que una lechuga. Para el R1 de Anestesiología, la sensación de aterrizar en otro planeta es el doble. Y eso es porque, generalmente, cuando una pasa por Quirófano durante la carrera, se queda en el lado brillante, mirando la cirugía. Del lado oscuro, apenas se da cuenta. El anestesista, ese tipo al otro lado del telón, es una cosa extraña que alguien ha puesto allí por algún motivo, pero para el estudiante de medicina no existe. Pero, cuando tú eres el anestesioblasto y ponen en tus manos la máquina, los fármacos y toda la fisiología pulmonar, la sensación de que por algún lado tiene que estar la cámara oculta y de que eso no puede estarte pasando a ti es muy intensa.

El otro día, por ejemplo. El adjunto ha salido un minuto al baño —después de todo, el pobre hombre tiene su próstata
y tendrá que tenerla en cuenta—. El cirujano levanta la vista y me mira. Yo lo miro y sonrío detrás de la mascarilla.

—Oye, hazle un Valsalva.

—¿Un qué?

—Un Valsalva.

Recuerdo vagamente que, para hacer la maniobra de Valsalva, hay que cerrar la nariz y hacer una espiración forzada. En las prácticas, le decían a la gente: «Haga fuerza como si fuera a hacer caca». Miro al paciente, intubado. ¿Cómo cuernos le digo a ese tipo que contenga la respiración como si fuera a cagar? ¿Servirá de algo que le tape la nariz?

Con cara de niña perdida en las rebajas, miro a la enfermera. Y se me enciende una lucecita. Recuerdo que un profesor mío solía decir que, donde hay un mal médico, Dios pone siempre un buen enfermero.

—¿Puedes hacerle un Valsalva, por favor? —le pido con cara suplicante.

—Eeeh... creo que eso lo tiene que hacer el anestesista —me responde, educadamente, la enfermera.

En esto, se abre la puerta y aparece el adjunto. Gracias al cielo. El cirujano, que no es de los más pacientes, vuelve a decir: —¿Le haces el Valsalva o qué?

El adjunto pasa la máquina a modo manual, deja que el manguito se llene de oxígeno y lo aprieta fuertemente.

—¿Vale? —pregunta al cirujano.

—Vale, vale —dice este—. Ya era hora.

—Lo siento —me dice. Mis piernas tiemblan como gelatina Royal.

—Vale —respondo con un hilillo de voz. El Valsalva de los cojones casi me provoca diarreas.

Paella en perspectiva

5 de abril de 2011

Después de una semana mirándome con aire especulativo y sin acercarse a mí ni con un bichero, la otra mañana, me dice ElRey:

—Oye, tal vez no te apetezca, pero el sábado es el cumpleaños de mi hermana. ¿Te gustaría venir? —y añade, como si fuera la bomba—: Vamos a hacer una paella. A mi madre le salen estupendas.

Lo suelta todo seguido sin anestesia, como si tal cosa. Los tíos son así.

Yo me quedé mirándolo y pensé: «A su casa. Con su familia. Como su novia oficial. A lo mejor no la cagué tanto con el *te quiero* dichoso. O sí. Y es para que me asuste y salga corriendo». Todo eso en dos milésimas de segundo. Las tías somos así.

Y contesté:

—Bueno, vale.

Así que aquí me tenéis, invitada al cumple de Irma —a la que no tengo ni idea de qué regalar—, a punto de probar la paella —por supuesto, insuperable— de La Castafiore y, aun así, más feliz que unas castañuelas.

Comida familiar

9 de abril de 2011

—¿No te importa que lo cambie? —me pregunta Irma, mirando con cara de asco el collar que tardé alrededor de tres horas en elegir —. Es que no es exactamente mi estilo.

La miro de arriba abajo. Lleva un vestido, por llamarlo de alguna manera, hecho con un pañuelo, que le queda demasiado justo en el pecho y en las caderas. ¿Tu estilo? Ah, pero ¿tienes?

—No, claro, toma. Aquí tienes el *ticket*.

—Hala, a la mesa —nos llama La Castafiore— Jumanji, tú te sientas aquí.

Y si quiero otro sitio, me aguanto. Que esto es ordeno y mando. Me encuentro sentada entre el padre de ElRey —que se parece increíblemente a él— e Irma, lo más separada posible de mi chico, que es sentado a la cabecera de la mesa, a la vera de su madre.

—*¡Hmmmm!* —exclama él, relamiéndose—. Ya verás, Jomeini, qué rica la paella que hace mi madre. Es la mejor cocinera del mundo.

La Castafiore lo mira, arrobada, mientras se esponja como una gallina clueca. Y me pone delante un plato de paella con el que podría alimentar a medio hospital.

—Come, Jumanji, come, que estás pálida y escuchimizada.

Yo también la adoro, doña, pero deje de piropearme.

La verdad, todo sea dicho, la paella estaba muy buena, pero, claro, no pude acabar semejante ración.

—Pero si no comes nada —exclamó La Castafiore, cuando me levanté a llevar mi plato a la cocina—. Ay, las chicas de hoy en día son unas sosas.

Algo me dice que —si seguimos juntos— voy a tener que buscar un remedio efectivo contra las mordeduras de lengua.

La revelación

4 de abril de 2011

Ya está. A pesar de nuestros esfuerzos, ya lo sabe medio hospital. Hoy hemos sido la comidilla de los quirófanos. Lo sé porque todo el mundo se callaba cuando llegábamos.

Esta mañana, salía a todo correr del vestuario. Llegaba tarde. Eran las ocho y el quirófano no estaba preparado, la máquina no estaba chequeada y no había visto al paciente ni por el forro. La Nazi, en definitiva, iba a hacerme picadillo.

Es ley universal que, cuanta más prisa tienes, más obstáculos encuentras en tu camino. Me detuvo una enfermera para comentarme un trabajo que estaban haciendo.

—Sí, sí, si no te importa, luego te busco y me lo cuentas con calma, que llego tarde.

Me detuvo mi tutor para preguntarme si había leído unos artículos que me había enviado.

—No, lo siento, no he mirado el correo —lógico, con cuatro guardias en una semana—. Sí, sí, hoy sin falta, no te preocupes.

Y, por último, me detuvo ElRey. O, mejor dicho, choqué contra él mientras intentaba colocarme el gorro y las calzas al mismo tiempo.

—¿Dónde vas tan rápido? —me dijo, cogiéndome por los brazos y mirándome a los ojos.

—Que llego tarde. No tengo tiempo —respondí yo, desesperada ya.

—Para esto siempre hay tiempo —contestó él. Y, como a cámara lenta, vi cómo sus labios bajaban peligrosamente a tocar los míos en pleno pasillo de quirófano hasta que, de pronto, alguien nos separó. PerritoApaleado.

—Pero... pero... —tartamudeó Perrito, pálido y con los ojos abiertos como platos— ¿Qué haces, tío?

—Darle un beso a mi novia —le contestó ElRey, más chulo que un ocho— ¿Puedo?

Perrito boqueó, más apaleado que nunca. Y yo hice mutis por el foro para preparar el quirófano. Lo primero que me dijo La Nazi cuando apareció, fue: —Claro, si te dedicas a besuquear a los traumas en el pasillo, tu trabajo se queda sin hacer.

Y es que los quirófanos son como una corrala. O como *Falcon Crest*.

En las nubes

20 de abril de 2011

Son las doce de la noche. Llevo toda la tarde batallando con una sesión de ventilación mecánica mientras el calor remolonea a los pies de mi ventana. Imposible concentrarse. Tengo la cabeza en otra parte. Y no es para menos. Ayer, ElRey me pidió que me casara con él. Como suena. Todavía flipo en colores.

Siempre había imaginado que si encontraba un alguien con quien envejecer, si ese alguien me pedía que me casara con él, la cosa iba a ser de lo más romántico. No sé. Lo típico. Cena a la luz de las velas. Música. Un anillo. Esas cosas. Después de todo, me crié viendo bodrios estadounidenses de lo más cursilón. Pero si quería romanticismo en mi vida, tendría que haber elegido un *alguien* de letras, no un traumatólogo. Estábamos sentados en el coche por fuera del hospital. Yo hablaba de mi sesión —la misma que ahora se me atraganta— de lo loca que me tenían las curvas de flujo-volumen y de cosas por el estilo. Él me miraba, callado, sin decir nada. Muy serio. Tan serio que dejé de hablar y pregunté: —¿Qué? ¿Qué pasa?

—Te quiero —me contestó, mientras mi maltrecho corazón hacía un *looping* en el interior de mi tórax—. ¿Cuándo quieres que sea?

—¿Cuándo quiero que sea el qué? —inquirí, con un hilillo de voz.

—La boda —respondió.

—En octubre —contesté. Lo que viene a ser lo mismo que un sí. Más o menos.

—Bien —dijo. Y salimos del coche para ir a trabajar, sin decir ni pío más.

Decisiones

22 de abril de 2011

—¿Estás embarazada? —pregunta J, mientras Serena y Chiara me miran con la boca abierta.

—Nooo, por Dios, pero... ¿es que una no puede pensar en casarse sin tener un bombo? —protesto.

—Hombre —resopla Serena, con un tonillo de sarcasmo— no todo el mundo se plantea casarse a los tres meses de empezar a salir con alguien...

—Ya, ya sé que es poco tiempo —rezongué yo— pero es que estoy segura de que es la persona ideal para mí. Entonces, ¿por qué esperar?

—Tal vez —dijo Chiara, con la voz tenue — porque tus padres ni siquiera saben que tienes novio...

Esta conversación con mis compis de piso tuvo lugar ayer. Después de todo, en algún momento, tendrán mi habitación vacía. Hoy la casa está en silencio. Salgo de guardia y las demás están trabajando. Me doy una ducha y, mientras el agua caliente limpia las impurezas del hospital, pienso que tal vez sea este el momento adecuado. De hecho, creo que ya no puede esperar más. Me arropo en el albornoz y descuelgo el teléfono.

—Mamá —digo, cuando contestan al otro lado—. Oye, tengo que contarte una cosa.

Conversaciones

26 de abril de 2011

—He hablado con mis padres —le cuento a ElRey, mientras tomamos unas cañas—. Les he contado que existías, pero nada más.

—¿Y qué te han dicho? —pregunta él con una sonrisa.

—Que a ver si te conocen, cuando vengan. ¿Y tú? ¿Les has dicho algo a tus padres?

—Que iba en serio contigo.

—¿Y qué te han dicho?

—Nada —responde. Oh, viva la elocuencia de mi futura familia política.

—¿Cuándo vas a decirles que nos vamos a vivir juntos?

—Una semana antes de la mudanza. A mi madre le va a dar un pasmo en cuanto lo sepa.

Cada vez me hace más ilusión tener a La Castafiore de suegra.

Mosca

28 de abril de 2011

Hoy estaba en el quirófano de Ginecología intubando a una señora cuando entró Miss Vogue, con su gorro de Dior y su maquillaje perfecto tras la mascarilla. Se sentó en la esquina del quirófano, sin decir ni pío y esperó a que yo conectase a la paciente a la máquina, abriera el gas y fijara el tubo. Cuando terminé, la miré con curiosidad.

—Oye, Jomeini, que sepas que me alegro.

—¿Te alegras de qué? —pregunté.

—De que ElRey y tú estéis juntos.

Ah, pues vale. No sé qué le importa a ella, pero vale.

—Gracias —respondí.

Con la misma, se levanta y sale, dejando tras de sí una nube espesa de olor a Chanel n.º 5.

Llamadme paranoica, pero ¿no es para mosquearse?

De los nervios

6 de mayo de 2011

Os tengo abandonados. Después del mosqueo —todavía pienso que son paranoias mías— con Miss Vogue en quirófano, llevo varios días sin escribir en el blog. ¿Razones? La vida del residente, que es así, de ir como puta por rastrojo. Guardias, guardias y más guardias. Sesiones. Un examen sobre coagulación que me trae por el camino de la amargura. Casos que revisar. Me quedo toooodas las noches estudiando hasta la una para estar de nuevo en pie a las seis de la mañana. ¿Consecuencias? Arrastro una ojera que parece mi sombra. ElRey y yo hace una semana que no nos vemos más que a cada lado del telón de quirófano. Y, *para más inri*, mañana, llegan mis padres.

Por Dios, qué estrés.

Padres

7 de mayo de 2011

—Déjame hablar a mí —advertí a ElRey cuando íbamos hacia el aeropuerto a recoger a mis padres. Pero no contaba con que ElRey siempre hace su real voluntad.

Se saludaron. Con un apretón de manos, los hombres. Mi madre, con un beso rápido.

—Ah —saltó ElRey, como si tal cosa, mientras comíamos en el restaurante, un rato después— que no sé si os ha dicho Jomeini que nos vamos a vivir juntos a final de mes.

La taza de café de mi padre se detuvo en el camino hacia sus labios y volvió a la mesa con un golpe brusco. Mi madre abrió mucho la boca y los ojos. Y yo pensé: «Tierra, trágame». ElRey, ajeno al cisma familiar, siguió diciendo: —Y nos casaremos en octubre.

Mi madre —entonces— recuperó el habla y empezó a hacer preguntas y a charlar. Mi padre y yo seguimos mudos mientras los otros dos reían.

Horas más tarde, mi padre todavía no había dicho esta boca es mía.

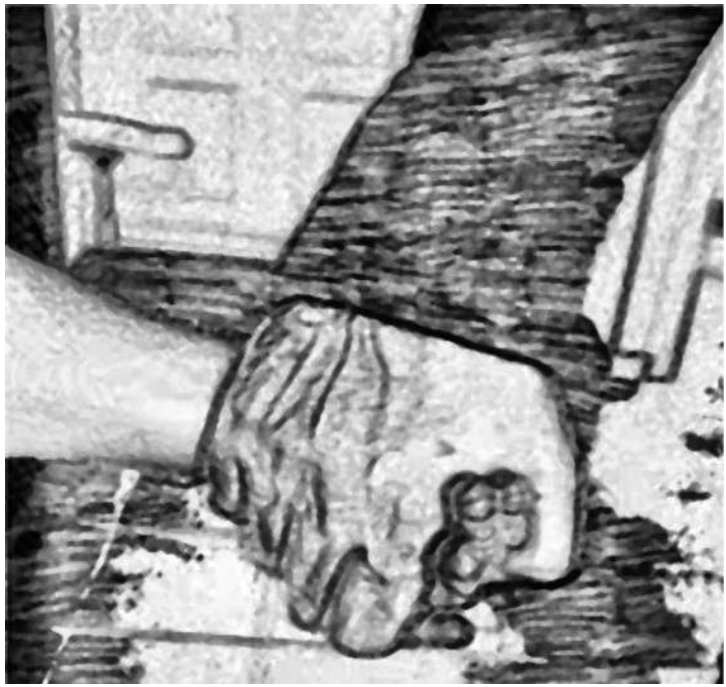
—Papá —le pregunté, sentándome a su lado— ¿Estás bien?

Él me miró. Sonrió, tímidamente. Y respondió, suspirando:

—Desde el primer instante en que te tuve en mis brazos, supe que este momento iba a llegar. Pero eso no hace más fácil asumir que has dejado de ser mi niña para convertirte en la mujer de otro hombre.

Sonreí, aliviada, y lo abracé.

—El que vaya a convertirme en la mujer de otro hombre no quita que siga siendo tu niña —y añadí, riendo—. Una niña tirando a viejona.



El mensaje

12 de mayo de 2011

«Ayer ya dormía cuando me mandaste el mensaje»
—decía Miss Vogue en mi WhatsApp— «Nos vemos mañana en el quirófano. Espero el momento con deseo. Buenas noches. MUACK». Por un minuto, me quedé mirando la pantalla como una idiota. ¿Y esto? No creo que Miss Vogue se haya pasado de pronto a la acera de enfrente. Y, si lo hubiera hecho, tampoco creo ser exactamente su tipo. Pero, inmediatamente, llega otro mensaje «Perdona, Jomeini, que he hecho un corta y pega, sin querer. El mensaje anterior no era para ti». Evidentemente, guapa. Pero... ¿para quién era? Me muero de curiosidad y ruego que no sea para ElRey. Sí, ya sé, ya sé que pensáis que soy una paranoica, pero es que a mí lo de Roberto me dejó tocadísima.

Quien oye, su mal escucha

13 de mayo de 2011

Los baños de los vestuarios femeninos del hospital tienen una enorme desventaja: la falta total de intimidad. Estás allí enfrascada en demostrar las virtudes del yogur con fibra y se te oye como si fueras un elefante entrando en una cacharrería. Así que, cada vez que no me queda más remedio que ir, intento hacer el mínimo ruido posible.

—Así es la cosa, chica —oigo a Miss Vogue que le dice a alguien, mientras yo, silenciosamente, imito al pensador de Rodin en uno de los váteres—. Como todos saben que Jomeini está con ElRey, todo es más fácil para mí.

Pongo antenas y minimizo hasta el ruido de la respiración. Ella empieza a lavarse los dientes y sigue hablando con la boca llena de pasta, en una muestra de pérdida total de *glamour*.

—Mañana, que Jomeini está de guardia, salimos todos y atacaré de pleno.

Se ríen las dos. Y salen. Yo me quedo dentro, helada, y no sólo porque tenga el culo al aire.

Me estoy abrochando el pantalón cuando me suena un mensaje en el móvil.

—Mañana quedan todos para salir ¿te importa que me apunte? —es de ElRey.

Mierda, mierda, mierda.

El veneno de la serpiente

14 de mayo de 2011

—¿Estás celosa? —me preguntó ElRey, entre incrédulo y encantado.

—¡Ya te gustaría a ti! —respondí yo resoplando.

Él se rió, bajito.

—¡Estás celosa! ¡Es increíble!

¿Y cómo quería que estuviera? Recibo su mensajito justo después de que la bruja de Miss Vogue dijera, casi ante mis narices, aquello de que «Iba a por todas» y aún espera que esté tan pancha.

—Si no quieres, no voy —dijo, ahora, muy serio—. Pero tienes que aprender a confiar en mí —cogió un mechón de mi pelo y empezó a juguetear con él—. Si me quieres, claro.

Le miré fijamente, sin saber que contestarle en realidad, mientras las preguntas se me agolpaban tras los ojos: ¿Y tú? ¿Me quieres tú a mí? ¿No es verdad que estás a dos bandas? ¿No vas a hacerme daño?

Entonces, él me acarició la cara y me besó. Y mi cerebro hizo: «Off». Mi corazón olvidó, por un momento, que estaba lleno de cicatrices antiguas y murmuré las tres palabras que ahora me reconcomen: —Bueno, vale, vete.

Y aquí me tenéis. De guardia. Mientras todos —incluidos ElRey y Miss Vogue— están por ahí, de marcha. Y la cirujana general, no deja de sacar apendicitis como de debajo de las piedras. Los celos me comen viva, como el veneno de una serpiente. Y no dejo de pensar en qué estará pasando ahora.

Idiota que es una.

Uffff

15 de mayo de 2011

Subo a la cafetería a desayunar borracha de cansancio. La guardia ha sido de pena. Epidural, epidural, cesárea, perforación intestinal, una arritmia en la URPA... de no parar, vamos. Me suena un mensaje en el móvil. ElRey: «Me meto en quirófano. Me han dicho que la noche ha sido mala. Que descanses, guapita». Y nada más. Nada del estilo «Tenemos que hablar» o «No eres tú, soy yo». Suspiro, aliviada. Y, mientras hinco el diente al bocadillo, veo entrar a Miss Vogue en la cafetería. Con el pijama pegado a las caderas, como una segunda piel, y el pelo recogido en una sedosa cola de caballo. Perfecta y triunfal, toda ella. Me ve. Sonríe. Y —¡cielos, Leoncio!—, viene hacia mí. Puedo sentir cómo el comedor se va moviendo a cámara lenta. Juraría que oigo los primeros acordes de *Tiburón* mientras la veo acercarse. Se deja caer en la silla de mi derecha y exhala un suspiro satisfecho: —¡Ay, Jomeini! No sabes qué noche te perdiste ayer...

La miro con mala baba y empiezo a masticar con furia. Pero ella no se entera y sigue: —¡Soy tan feliz! ¡Estoy tan enamorada!

Aquello ya pasa de castaño oscuro. Vale que la muy zorra intente birlarme el novio delante de mis narices, pero que me lo restriegue por las ídem ya me parece el acabose.

—Vogue, ya vale, ¿no? ¡Para ya!

Ella me mira, extrañada, como la que se ha caído de su nube y se da de bruces contra el suelo.

—Pero... ¿a ti qué te importa? —pregunta.

Me río con carcajadas secas.

—A mí qué me importa, dice —refunfuño, irónica—. Esto ya es pasarse, niña.

—Pero, pero... —tartamudea— ¡Si tú ya tienes a ElReydelPolloFrito!

—Pues por eso.

—¿Qué más te da que yo esté con Perrito?

—¿Perrito? ¿PerritoApaleado? —ahora soy yo la que tartamudea.

—Ahora que tú tienes pareja oficial, las demás somos opción. Hija, que te quieres llevar a todos al huerto.

—¿Perrito? —sigo preguntando como una tonta, mientras todas las piezas (el mensaje, la conversación del váter, su entrada en quirófano...) encajan de forma correcta—. ¡Dios mío! ¡Perrito! —exclamo, ya riendo, mientras Miss Vogue me mira como la que mira a una loca.

Sin paracaídas

18 de mayo de 2011

Después de un par de días buscando, ElRey y yo hemos encontrado un microestudio para alquilar cerca del hospital y nos mudaremos el viernes. Decirlo me da un poco de vértigo, como también el poner el cartel de mis compañeras para buscar nueva inquilina para mi habitación —las tres han empezado a llamar a ElRey el *destrozahogares* —. Es como si cerrara una puerta para no volver a abrirla jamás. Como si me tirara al vacío en la oscuridad sin paracaídas.

Y ElRey se lo va a decir hoy a sus padres. ¡*Glups*!

Ropa tirada

28 de mayo de 2011

Cuando era pequeña, mi madre, si quería avisar a mi padre de que yo andaba por los alrededores y había que moderar el lenguaje, decía: «Cuidado, que hay ropa tirada». —Yo creo que quería decir *tendida* y que se hacía un lío —. Hoy me he acordado de la expresión, pero, esperad, que os cuento por qué.

Durante un par de semanas, ElRey y yo hemos vivido entre cajas, pero, al fin, el *nidito* está habitable. Él me ha tirado unas dos bolsas de zapatos que ya no me ponía y yo, a cambio, le he tirado los libros del MIR y unos veinte pósteres de tías en bolas:

—¿Cómo se te ocurre traerte esto? —le pregunto al abrir una caja.

—No, si te parece, se las dejo a mi madre de recuerdo —me contesta.

—Hay una cosa que se llama reciclaje de papel, guapo.

Total, que tras la necesaria purga mutua, estamos en paz. Así que, ayer por la noche, después de llegar de trabajar, decidimos darnos un homenaje. Descorchamos una botella de vino y pedimos unos cuantos platos al chino de la esquina. Había sido una semana eterna y nos merecíamos el ratito de relax. Y, claro, una cosa llevó a la otra y terminamos dejando los restos de la cena en el salón y el recorrido hasta la cama lleno de prendas de ropa.

Al día siguiente, él se despertó antes que yo porque le sonó el móvil. Empezó a apartarse con cuidado, pero apenas se había separado unos centímetros cuando abrí los ojos.

—Lo siento —dijo, con una sonrisa—. Tengo que acercarme al hospital a pasar planta. No quería despertarte.

Sonreí, medio adormilada. Le di un beso en la nariz y se marchó. Permanecí tumbada, ahora ya despierta, en la cama tibia, considerando la posibilidad de levantarme, preparar café, darme una

ducha... y, entonces, sonó el timbre. Sonreí, de nuevo, levantándome, con pereza.

— Ya se ha olvidado las llaves —rezongué como si fuéramos un viejo matrimonio y le hubiera pasado mil veces. Y abrí la puerta. Y allí, en el dintel, todas sonrientes, estaban La Castafiore y su fiel Irma. Contuve a duras penas el grito de terror y las ganas de *estromparle* la puerta en las narices.

—Hola, hola, hola... —gorjeó, alegremente, mi futura suegra, echándome una «mirada suegril». Para los afortunados mortales que no sepan de que se trata, la «mirada suegril» consiste en una mirada de arriba abajo en la que evalúa todo —desde el pelo alborotado y lleno de nudos de la furia de anoche, los ojos con el *rimmel* a medio retirar y legañosos, el albornoz que llevaba puesto, (que era de ElRey) hasta terminar en los pies descalzos— y que luego se acompaña de un alzamiento de ceja derecha en el que resume lo poquita cosa que te considera para su niño.

—¿No es un poco tarde para estar sin arreglar?

—Pues, no —contesté, aturdida—. Es sábado, pero claro, si hubieras avisado...

—Uy, perdón —contestó ella, con sorna—. No pensé que tuviera que avisar para venir a casa de mi hijo...

«Pues sí. Porque no es sólo la casa de tu hijo. También es mi casa. Y prefiero que no me pilles con estas pintas. Algo de derecho a la intimidad, doña», pensé, mientras Irma se agachaba a recoger un sujetador y un tanga del suelo del salón. Pero no lo dije. Le arranqué a mi cuñada la ropa interior de los dedos y recogí apresuradamente el resto y las invité.
—Bueno, en fin, sentaos que voy a vestirme. Enseguida estoy aquí.

Tardé dos milisegundos en ponerme unos vaqueros y una camiseta, pero ya el comando familia política había recogido los envoltorios del chino y estaba fregando los platos a cuatro manos.

—No, por Dios, dejadlo, que ya lo hago yo. Dejadme que haga café. ¿Os apetece un trozo de tarta? Ayer hice una de manzana.

—¡Ah! pero... ¿sabes cocinar? —pregunta La Castafiore, como si yo le hubiese dicho que tenía un máster en Ingeniería Aeronaútica— ¡Qué sorpresa! No creo que llegue a la altura de mis tartas, pero la probaré.

Queridos Jomeinistas, yo no sé si llegaré a la boda sin cometer suegricidio.

R2

1 de junio de 2011

Un año ya. Ya soy R2. Un año desde aquel día en el que decidí abrir un blog desde el sofá de Lula. Un año desde aquel primer día en que me enfrenté a la nave espacial que era, para mí, la máquina de anestesia. Un año en el que he presenciado más de mil cirugías. En el que he aprendido los riesgos de pasar por quirófano. Y me he dado cuenta de toooodo lo que me queda por aprender. Un año en el que he puesto vías periféricas y centrales, arterias, espinales y muchas, muchísimas epidurales.

Me he reído. He llorado. He conocido a gente increíble. Me he desenamorado y vuelto a enamorar. He escrito un blog. Y he hecho carambolas para sacar horas de estudio.

Y, sobre todo, un año en el que he descubierto que no me equivoqué de especialidad.

Redes de pasión

Redes de pasión

RAQUEL ANTÚNEZ CAZORLA

www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#redesdepasion

Colección: Tombooktu ChickLit
www.chicklit.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: Redes de pasión
Autora: © Raquel Antúnez Cazorla

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-9967-379-0
ISBN Digital: 978-84-9967-380-6
Fecha de edición: Junio 2012

NOTA DE LA AUTORA

Todos los personajes y hechos que aparecen en esta novela, así como las ciudades donde transcurre la historia, son obra de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Prólogo

Redes de pasión relata un caso policial desde el punto de vista de dos chicas, amigas y compañeras de trabajo en *Maze News*, un importante periódico de la ciudad donde viven: San Antonio.

En el transcurso de cada capítulo podremos ir destapando poco a poco la vida de Meritxell y de Ariadna de forma alterna, hasta que todo se mezcla y se unen las piezas necesarias para culminar la investigación que elevará el periódico a lo más alto.

Investigadores y policías cuentan con este equipo de jóvenes periodistas, a las que dejan intervenir en las pesquisas del caso de asesinatos en serie más importante de los últimos años.

Sólo puedo adelantaros que el trabajo de *Maze News* no pasará desapercibido.

Primera parte:

El Asesino del Mordisco

Capítulo 1

Meritxell

Intenté limpiar la gota de sangre que resbalaba labio abajo, camino de mi camiseta favorita. Sorbí el último instante de vida de Jonás y me quedé mirando sus ojos inertes, vacíos, perdidos en la noche… Mientras, la gran luna llena, que hoy parecía estar más cerca que nunca, se reflejaba en ellos. Me pareció la escena más romántica que había vivido en el último año.

El corazón me latía fuertemente, diría que estaba a punto de romper mis costillas de un momento a otro. Besé sus carnosos labios y apoyé la yema de mis dedos sobre sus párpados para que aquellos azules ojos fueran a la oscuridad por el resto de la eternidad.

Aún tenía los dedos de Jonás clavados en mis antebrazos, realmente me iban a salir unos terribles cardenales después de aquello. No pensé que me costase tanto apretar la almohada contra su rostro, imaginé que sería mucho más rápido, tal como había visto mil veces en aquellas películas de Hollywood. Tenía zarpazos por todas partes, ese capullo había logrado pegarme un buen manotazo antes de pasar a mejor vida.

Una vez se fue, no pude evitar volver a morder ese cuello que realmente me estaba haciendo enloquecer, cuya piel aterciopelada al contacto con mis labios hizo que un escalofrío recorriera mi espina dorsal. Esto ya no le iba a doler, así que apreté hasta que pude chupar su sangre. No entendía por qué razón había hecho tal asquerosidad, sólo sé que en ese instante me pareció lo más romántico, sexy y provocativo del mundo.

—Te quiero Jonás… —le susurré al oído. Esta vez mis labios aterrizaban en su mejilla izquierda—. Nunca te olvidaré.

Empecé a llorar, consciente de que había hecho la cosa más terrible que podía haber siquiera imaginado. La sensación era tal que no podía

arrepentirme, aunque quería. Hundí la cara entre mis manos, con la esperanza de que aquella escena desapareciera de repente, y de pronto me sentí feliz y radiante como una colegiala al obtener su primer beso de amor.

El nudo de mi estómago oprimía más fuerte al recordar ese segundo, ese instante, en el que dejó de respirar.

Miré a Jonás pensando qué podía hacer ahora. Acabábamos de hacer el amor y había huellas mías por toda la habitación de aquel hotel. La reserva la habíamos registrado a mi nombre, y seguro que con el ADN podían confirmar que había sido yo más rápido que un estornudo en primavera.

Hacía tan sólo dos semanas que había conocido a aquel chico tan risueño, cuando se atrevió a acercase a mí en la playa. Yo no quería matarlo… ni siquiera quería conocerlo… pero se acercó, se presentó y me robó el corazón, me lo arrebató sin previo aviso y se lo llevó para siempre con su último halo de vida.

Al bajar la cabeza pude observar que mi camiseta favorita estaba hecha un trapo, estirajada y rota.

—¡Joder! ¡Maldito capullo!

*

Desperté con sudores fríos, no recordaba haber tenido un sueño tan extraño en mi vida. Aún sentía el nudo en el estómago, como un pellizco muy fuerte que me apretaba y me cortaba el aliento. Tuve que incorporarme y mirar a mi alrededor. ¿Estoy en casa? Sí, creo que sí.

Apoyé la mano en el lado izquierdo de la cama. Allí estaba Víctor dormido como un tronco, con su leve respiración acariciando el silencio de la oscuridad, como había ocurrido todas y cada una de las noches que habíamos pasado juntos los diez últimos años.

Volví a recostarme aunque ya no pude pegar ojo, juraría tener un leve sabor a sangre en la boca, y en mi nariz un perfume que estaba segura de no haber olido nunca antes. A mi corazón le costó serenarse de ese salvaje sueño que acababa de vivir y que me había parecido tan real. Cuando por fin cerré los ojos, sonó el dichoso despertador.

Como cada mañana, lo primero que hice fue encender la cafetera que había dejado preparada la noche anterior y me apresuré a meterme en la ducha. En apenas diez minutos sonaría el despertador de mi esposo y entonces ya podría despedirme del cuarto de baño.

Le di mil vueltas con la cuchara a aquella humeante taza, el aroma que desprendía ya lograba espabilarme algo. Casi sentía dolor en los antebrazos y los examiné en busca de cardenales, marcas… algo que

me dijera que aquella pesadilla había sido real. Pero allí no había nada, simplemente el rastro de una tensión muy fuerte que debí acumular mientras soñaba.

Víctor pasó a mi lado sonriente y me dio una palmada en el trasero, como cada mañana, y rozó mis labios con los suyos antes de ponerse a cotorrear. ¡Dios! ¿Después de diez años todavía no se había enterado de que yo no podía escuchar ningún sonido humano hasta después de las ocho de la mañana? Me limité a asentir mientras apuraba los restos de mi café.

Rápidamente planché mi vestido gris; como siempre, ya llegaba tarde a la oficina. Hoy sin falta tenía que ponerme con el reportaje del Asesino del Mordisco. Odiaba escribir sobre asesinatos, odiaba esa sección que mi jefe, Miguel Suárez, me había otorgado como un gran premio… No me dejaba conciliar el sueño.

Hoy necesitaba elevar mi autoestima, así que después de ponerme dos capas de maquillaje, cogí la última caja de zapatos de la fila: unos tremendos tacones de doce centímetros de color violeta, a juego con mis pendientes y mis pulseras favoritas, serían la combinación perfecta para arreglar mi mal despertar.

Mientras salía del garaje con mi BMW Z3 de color azul, que había sido mi sueño durante los dos últimos años de trabajo hasta que por fin conseguí comprarlo, me di cuenta de que necesitaba otro café urgentemente. El desvelo me iba a pasar factura, sin duda alguna.

Paré un par de manzanas antes de llegar a la oficina, para tomarme una última dosis de cafeína en mi lugar favorito: Sweet Café.

Virginia vio como me acercaba y juraría que ya le había pedido la comanda a Roberto para que me fuera sirviendo mi doble capuchino de «he-tenido-un-despertar-horrible» y mi *dónut* relleno de crema. Este nuevo puesto de trabajo ya me había hecho aumentar una talla en el último año, y había pasado de mi espectacular treinta y ocho a llenar completamente una talla cuarenta. Mi culo se veía más voluminoso, pero Víctor parecía más contento desde entonces, supuse que debido a que por fin había logrado llenar una copa noventa y cinco de pecho.

Sonreí por primera vez en la mañana al oír unos tremendos piropos que Roberto había incluido en el menú.

—¿Qué le ocurre a la bella Meritxell esta mañana? —le oí decir por último a Roberto, al mismo tiempo que Virginia lo servía todo antes de que pudiera apoyar el trasero en mi butaca favorita, frente a la barra.

—Gracias, guapísima —le susurré a Virginia—. Pues verás —me dirigí esta vez a aquel cuarentón que me sonreía últimamente

demasiadas mañanas (teniendo en cuenta que en un principio sólo acudía a aquella cafetería cuando no me sentía con ánimos)—, creo que anoche me pasó un tractor por encima mientras dormía. No estoy segura, no pude verlo, pero estaría dispuesta a jurarlo. —Roberto soltó una gran carcajada y me hizo sonreír.

—Anda, exagerada. —Se acercó y extendió hasta mi plato un bombón de chocolate—. Invita la casa, es el mejor calmante que conozco. —Me guiñó un ojo y se dio la vuelta, perdiéndose por la puerta que conducía a lo que sin duda alguna era la cocina, el sitio de Roberto, donde pasaba más de doce horas diarias.

—Umm —oí refunfuñar a Virginia—, a mí nunca me hace esos regalos —dijo bien alto para que lo oyera Roberto, su esposo, y me guiñó un ojo.

Hacían una entrañable pareja, eran muy amables. Él era algo regordete, muy alto, y acudía a la cafetería perfectamente afeitado cada mañana. Virginia parecía mucho más joven que él, quizás tenía unos treinta y cinco años, de larga melena pelirroja, que siempre llevaba bien recogida en una cola de caballo. Tenía unos grandes ojos de color miel, y esos hoyuelos que se le formaban al sonreír hacían que resultara más encantadora aún.

Levanté la cabeza y vi entrar a Ariadna por la puerta, diría que su despertar había sido aún peor que el mío, aunque logré adivinar una pequeña sonrisa mientras se acercaba a mí.

—¡Cielos, Ariadna! ¿Estás bien? ¿Ocurre algo? ¡Estás horrible!

—Yo también te quiero, preciosa —me dijo, tras lo cual estampó un beso en mi mejilla y me robó un mordisco del *dónut* relleno. Estuve a punto de fulminarla con la mirada.

—Siéntate, anda. ¿Has pasado mala noche?

—¿Mala? ¡Mala! ¡¡No había pasado mejor noche en mi vida!! —dijo con una risotada.

Ariadna tenía treinta años, igual que yo, pero a veces olvidaba que su vida era algo más emocionante que la mía. Hacía lo que quería, cuando se le antojaba y con quien le apetecía. Sonreí al preguntarle:

—Cuéntame, arpía. ¿En qué clase de orgía estuviste ayer? —Soltó otra risotada. Reía demasiado mis bromas, realmente me había equivocado. Ella tenía muy, muy, muy buen día.

—Anoche tuve un «mano a mano» a vino y ostras con Gonzalo. —Se sonrojó al recordarlo y soltó otra carcajada para zanjar el tema. Sonreí con ella, hacía dos semanas que conocía a Gonzalo, pero parecía que este ligue le estaba durando algo más que el resto—. ¿Qué tal tú, cielo? Veo que Roberto no ha dudado en servirte esta mañana

el menú extra de «despertar horrible» —dijo señalando el envoltorio del bombón que acababa de zamparme—. Luego te quejarás de que ese culo sigue creciendo —dijo, dándome una palmada en la parte del trasero que sobresalía del taburete, haciéndome enfurruñar.

—¡Dios, niña! ¡Cierra esa boca! —oí gritar a Roberto, que salía de la cocina con una bandeja de sándwiches recién hechos para ponerlos en el mostrador—. Mi desayuno es el único de toda la ciudad que logra arrebatar una sonrisa de esos labios cuando están así de apretados.

—Eso es cierto —dije a su favor. Siempre lograba hacerme reír un poquito.

Odiaba cuando Roberto y Virginia se iban de vacaciones porque me sentía perdida. Desde que trabajaba en *Maze News*, pasaba por aquella cafetería al menos tres veces a la semana y, en el último año, había parado casi a diario de camino a la oficina.

Ariadna vio los enormes sándwiches rellenos de aquella pasta deliciosa que preparaba Roberto y dejó de escuchar toda conversación. Sus ojos verdes se le salían de las órbitas.

—¡Por favor, Roberto! ¡No me hagas rogarte uno de esos!

Roberto rio y le sirvió uno en un plato a mi amiga y compañera de trabajo, mientras Virginia ya preparaba su doble expreso con leche condensada.

—Tuve una noche horrible —le dije una vez había dado un par de mordiscos a su desayuno, cuando estaba segura de que me escuchaba de nuevo—. Tuve un sueño espantoso.

—¿Qué clase de sueño? —dijo con la boca llena.

—No sé, muy raro. Salía un chico muy joven y…

—Ummm, ¿un chico? ¡Pervertida!

—¡Ariadna! ¡Que no es eso! —Le di una palmadita en el brazo para que me dejara continuar—. Lo raro no es que acabara de tener sexo del bueno con ese chico —dije ruborizándome—, sino que después de hacerlo había cogido una almohada y lo había asfixiado. —Ariadna abrió los ojos como platos, tan expresiva como siempre, y masticaba sin parar—. No contenta con ello, una vez le quité la almohada de la cara, mordí su cuello hasta que sangró… ¡Qué asco!

Mi amiga estuvo a punto de atragantarse con las risas.

—Meritxell, ¡vampira! —dijo, con la boca aún llena de comida.

—¡Ariadna! Odio que hables con la boca llena —dije yo, con la mía no menos vacía, pues acababa de dar cuenta de mi último trozo de *dónut*. Ambas reímos—. La verdad es que es una tontería, pero fue tan

real que cuando me desperté me sentía perdida. La angustia me comprimía el pecho y el corazón iba a salirse de su sitio… me costó tranquilizarme y ya no pude conciliar el sueño.

—Pobre Meritxell —dijo Ariadna acariciando mi pelo, como si consolase a una niña asustada—. Necesita tanta emoción en su vida que no puede evitar soñar con jugar a vampiritos con tal de agenciarse un auténtico guaperas.

—No entiendes nada —refunfuñé pensativa.

Se me había puesto la piel de gallina al recordar la pesadilla. Aún lo veía todo muy nítido en mi cabeza. Aquel chico no podía tener más de veintiséis años, su tez era demasiado pálida para mi gusto, pero esos tremendos ojos azules quitaban el sentido. Su pecho y sus brazos estaban curtidos por algunas horas diarias de gimnasio, que eran evidentes a través de su camiseta. ¡Pero de dónde habría sacado yo tremenda imagen! Y lo peor, ¡cómo conseguiría que se borrara de mi cabeza si tan sólo había sido un sueño! Ariadna carcajeaba de nuevo.

—Si al final resulta que te lo pasaste incluso mejor que yo anoche, ¿quieres dejar de ruborizarte como una adolescente embobada?

Sacudí la cabeza y me puse en pie mientras le dejaba un billete de diez euros a Roberto para pagar nuestro desayuno. ¡Se había hecho demasiado tarde! Hacía al menos media hora que debería estar tecleando mi último reportaje.

Capítulo 2

Ariadna

Salí huyendo hacia el lavabo, apenas llevaba mis braguitas de encaje de color negro y le había tomado prestada a Gonzalo su camiseta favorita que se había dejado olvidada una de las últimas noches que había pasado por casa. Adoraba esa camiseta, se la había traído expresamente su mejor amigo de un viaje a Londres. Eso era todo, o casi todo, lo que sabía de él..., ah, y también que me estaba volviendo loca por sus huesos.

No recordaba cómo había conocido a aquel chico, apenas recordaba si me podía mantener en pie después de al menos ocho copas que mi hígado se resistía a filtrar. Sólo recordaba unos labios seductores que me sonreían y me decían «hola». Apenas dos horas después me había llevado a aquel completo desconocido a mi casa, a mi cama… de eso hacía ya dos semanas e, increíble pero cierto, aún tenía ganas de pasar tiempo junto a él. Me parecía una persona misteriosa, inteligente y atractiva.

Gonzalo me estaba lanzando almohadas desde su lado de la cama. Escondí mi cuerpo tras la puerta del cuarto de baño que se encontraba en mi dormitorio, asomando la cabeza para hacerle muecas. Me quedé un rato observándolo, cada día me resultaba más guapo.

Su tez estaba curtida por el sol, debido al muy buen tiempo que nos había acompañado el último año. No era exactamente el estilo de chico en el que siempre había pensado, pero sus blancos dientes en aquellos carnosos labios me hacían estremecer. Tenía los ojos más espléndidos que hubiera visto nunca, de un color negro azabache, al igual que su pelo, que llevaba corto y de punta. Parecía uno de esos chicos de anuncio de ropa interior, con una barba de unos dos o tres días que realmente le hacía parecer un gran seductor.

Su cuerpo no estaba musculado, pero no le sobraba un gramo de

grasa por ninguna parte, cuestión que me asombraba por la forma exagerada que tenía de comer.

Recordé su pose al tocar el timbre anoche en la puerta de casa. Apoyado en la pared, con aires chulescos y un pie cruzado por delante. Traía una gran bolsa con comida y una rosa de color rojo, a juego con su corbata. En un vistazo pude darme cuenta de que se había vestido demasiado elegante para una simple cena en casa. Camisa y pantalones de color negro, perfectamente planchados. Zapatos negros, completamente brillantes, podría jurar que acababa de comprarlos. Todo ello me hizo sentir algo de vergüenza, pues yo me había vestido mucho más informal, con unos vaqueros y un top sin tirantes, casualmente también de color rojo, al igual que mis zapatos con tacón alto que había elegido correctamente, un toque ideal para el conjuntito que llevaba puesto, aunque cuando nos sentamos a cenar ya andaba descalza por todo el parqué de mi piso.

Gonzalo era un fantástico cocinero, demasiado glamuroso para mí que apenas sabía cocinar unos espaguetis y algún que otro plato igual de sencillo. Se había ofrecido a prepararme la cena esa noche y me dijo que lo dejase todo en sus manos. Se decidió por unas ostras y un delicioso vino, con una amplia gama de entremeses para acompañar.

El vino me hizo entrar en calor rápidamente y reía sin parar, derritiéndome en su compañía. Realmente Gonzalo me gustaba, me había seducido y había eliminado por completo las ganas de salir huyendo que solían poseerme la mayor parte de las ocasiones durante la segunda o tercera cita que tenía con algún chico.

Era un hombre muy dulce, sus besos eran tiernos y ardientes, su lengua entraba en mi boca haciéndome sentir más calor del que había sentido nunca. Podría haber hecho conmigo lo que quisiera y yo no hubiera conseguido resistirme a él. Me abrazaba de forma cariñosa, haciéndome oler aquel perfume que estaba a punto de desquiciarme. Poco a poco recorría toda mi cara y mi cuello con pequeños besos. Cada roce con su cuerpo me quemaba, y sus dedos entrelazados con mi cabello me ponían la piel de gallina.

Después de cenar, Gonzalo se puso de pie frente a mí, me abrazó haciéndome rodear su cuerpo con mis piernas y me llevó camino a mi dormitorio donde, una noche más, me hizo el amor.

Acababa de pedirle que me preparara el desayuno mientras me daba la vuelta para seguir durmiendo. Él se echó a reír y me ofreció como respuesta un gran ataque de cosquillas.

—¡Pero qué te has creído! —Reía sin parar, mientras me agarraba muy fuerte y me daba suaves mordiscos por la espalda—. No soy tu criado.

Me escapé de sus brazos con una sonrisa en los labios, esquivando las almohadas que volaban por la habitación… y me di cuenta de que adoraba a aquel chico; me había robado el corazón.

Sin duda alguna había sido una noche perfecta, pero tenía que espabilar, era miércoles y estaban a punto de dar las siete y media de la mañana. Debía dirigirme a *Maze News* a trabajar… decidí que primero me pasaría por Sweet Café, ¡hubiera matado por mi doble expreso con leche condensada!

Capítulo 3

Meritxell

Aquellas fotos me daban auténtico pavor, el muy depravado dejaba marcas de mordiscos, algunas demasiado ensangrentadas, en sus víctimas. Casi como queriendo dibujar algo en aquellas pieles inocentes. No concebía cómo era posible que no hubieran localizado al causante de aquellas tres horribles muertes. Yo no entendía mucho de asesinatos, en realidad odiaba todo lo que tenía que ver con aquello, pero había visto como doscientos capítulos de CSI, y sabía que entre muestras de ADN, fibras y huellas, Grissom cazaría a ese psicópata en menos que canta un gallo. Sin embargo, ese tipo había logrado ser invisible a los ojos de la policía.

Deseaba ayudar, que mi publicación detectara algo de lo que la policía no se hubiera percatado. ¿Cómo podía hacerlo si aquellas terribles imágenes me daban pánico? Miré una vez más a la chica pelirroja de la foto, Marisol Domínguez. Apenas llegaba a los veinticinco años, no era más que una cría. No cabía un mordisco más en sus hombros y en sus brazos. Al pasar a la siguiente foto me deprimí aún más ya que Bibiana Cárdenes acababa de cumplir diecisiete.

Cerré el dosier de golpe al sentir que el vello se me ponía de punta y me decidí a hablar con mi jefe sobre lo incómoda que me sentía con este tipo de publicaciones. Me imponían demasiado respeto. Sabía que él me había otorgado este puesto como un premio y que confiaba en mí… pero simplemente no podía.

Toqué débilmente la puerta de su despacho, las manos ya se me llenaban de sudor frío. Había considerado que sería bueno llevarle un café, así que pasé por la máquina expendedora. No es que fueran la bomba, pero eran bebibles y, sobre todo, suponía un gesto amable por mi parte para poder romper el hielo.

Oí refunfuñar algo al otro lado de la puerta que no entendí, pero me aventuré a pasar antes de que aquel café se enfriase y tuviera que tirarlo por el retrete.

—Señor Suárez, ¿tiene un minuto?

—Adelante, señora Borges, tome asiento —dijo mirando con cierto pánico aquel café que le traía—. ¿A qué debo su amabilidad? —dijo, cogiendo el vaso que le extendía.

Conocía a mi jefe desde hacía muchos años, pero siempre habíamos tenido un trato cordial y respetuoso. Excepto en una cena de Navidad, en la que ambos tomamos varias copas de vino y nos pusimos a hablar como si fuésemos amigos de toda la vida. Al día siguiente, ambos seguimos relacionándonos de un modo formal, tal y como lo habíamos hecho siempre.

Miguel Suárez era un hombre encantador; al principio de conocerlo, le veía sonreír más, pero el volumen de trabajo que alcanzaba en estos momentos *Maze News* no le dejaba apenas tiempo de respirar. Hacía como dos años se había divorciado de su esposa, y desde entonces sólo la veía cuando iba a buscar a Marta, su pequeña de cuatro años.

—Señor Suárez, quería comentarle algo acerca del reportaje que me ha encomendado.

—¡Ah! Es eso. Señora Borges, no olvide que necesito un adelanto en menos de una hora para poder sacarlo en la tirada digital. He de revisar todo este papeleo y…

Empezaron a sonar su teléfono móvil y el fijo al mismo tiempo, interrumpiendo nuestra conversación y disipando cualquier mínima esperanza de que me escuchara. Miré cual pasmarote cómo contestaba a ambos a la vez, intentando mantener la conversación con las dos personas. Dos conversaciones que, seguro, no me incumbía escuchar.

—Vengo después —dije, haciéndole señas al mismo tiempo que me levantaba. Las piernas me flaqueaban. No iba a tener otra oportunidad de decirle lo que pensaba.

—Espere un segundo, no se mueva de ahí —me ordenó.

Asentí. Estaba escuchando demasiado… parecía enojado con alguien que tras su teléfono fijo pretendía que publicáramos una disculpa, Dios sabe por qué, a lo que él se negaba rotundamente defendiendo la veracidad de la información conseguida por su equipo. Tomó el segundo aparato, que pareció enfadarle aún más pues pretendían que dejara pasar de largo algo sobre alguien a quien mi jefe llamó: «tú ya sabes quién».

¡No debía enterarme de todo esto! Me puse a sintonizar en mi

mente alguna canción que me supiera, pero sólo se me ocurría una muy melancólica que había escuchado mil veces días atrás tras una tonta discusión con Víctor y con la cual no podía parar de llorar. Así que cuando iba por la segunda estrofa, debido a los nervios y a la canción en sí, se me formó un nudo en la garganta. Mi jefe no paraba de parlotear por un teléfono y por el otro.

—Lo siento, señor Suárez. No quiero robarle más tiempo y debo avanzar en mi reportaje.

Tapó el auricular del aparato que tenía ahora junto a la boca.

—Discúlpeme, vuelva al trabajo. Le prometo que la escucharé más adelante, están a punto de volverme loco.

«¡Ya está!», pensé, toda esperanza de renunciar a aquello había desaparecido. Todavía no había escrito nada, salvo algunas frases en un folio en sucio tras observar aquellas macabras fotografías del escenario que la policía había pasado a la prensa, así que debía ponerme manos a la obra.

*

Al acercarme a mi mesa, aquella oficina me pareció realmente un manicomio. ¡No podía concentrarme de esa forma! Cogí el archivo del caso, mi portátil y una botella de agua y me dirigí al sótano, donde no había más que polvo y documentos viejos. Allí podría pensar.

Me senté en el suelo, a riesgo de manchar mi vestido gris, y me descalcé los taconazos para poder cruzar las piernas a gusto. Coloqué el portátil con un documento en Word abierto y me dispuse a teclear algo decente que pudiera dar a mi jefe como adelanto al gran reportaje que en apenas unos días tendría que publicar.

Tras media hora quedó algo así:

EL ASESINO DEL MORDISCO

Los crímenes que han tenido lugar en el último mes, a manos presuntamente del mismo autor, nos demuestran que un sádico, sediento de muerte y sangre, anda suelto.

Los cadáveres se han descubierto en lugares públicos pero algo apartados, las tres chicas cuyas vidas arrebató fueron violadas, torturadas y estranguladas, dejando en sus cuerpos marcas muy similares. En las tres, los mordiscos por todo o parte de su cuerpo son evidentes, como una «firma» que su autor dejó en ellas. No se ha podido detectar ADN, ya que las muestras de saliva recogidas parecen haber sido rociadas con hipoclorito sódico (lejía), lo que altera la secuencia del ADN, es decir, imposible averiguar a quién pertenece. Tampoco se han obtenido restos de semen, por lo que se deduce que ha utilizado preservativo en sus ataques.

Criminólogos y policía científica se han reunido estos días para intentar trazar un perfil del asesino después de un exhaustivo análisis de los lugares donde fueron halladas las víctimas, ya que muchos aspectos de la conducta y personalidad de este hombre pueden quedar sellados en cada uno de estos escenarios.

Nos anuncia el inspector Alvarado, responsable de la Comisaría de San Antonio: «Podemos encontrarnos ante un psicópata peligroso, una persona manipuladora y fría, que no es consciente de sus actos, el bien y el mal no están diferenciados para él. Un tipo para el cual estas jóvenes no son más que simples objetos, un conducto para conseguir sus metas. Según su psique, su actitud es completamente lógica, aunque vista desde fuera no sea más que una locura para el resto de las personas. Los expertos no se ponen de acuerdo, pero la mayoría piensa que los individuos con este tipo de actitudes nunca se curan, ya que carecen por completo de conciencia, no tienen miedo a nada. En definitiva, se trata de un depredador social satisfaciendo sus propias necesidades inmediatas sin tener en cuenta las consecuencias».

El resultado del perfil dictamina que estamos ante un hombre de raza blanca, cuya edad ronda entre veinticinco y treinta y cinco años. Como se señala anteriormente, es un rasgo importante que es un gran manipulador, suele conseguir sus objetivos, que se vuelven un simple juego para «entrenarse».

Por el momento, la policía cree que sus víctimas son elegidas con antelación, quizás las observe durante un par de días para hacerse una idea de sus costumbres. No se descarta que las chicas conocieran a su atacante y realmente no estuvieran solas, sino que se hubieran citado con él. A primera vista parecerá una persona completamente normal, agradable, amable, dispuesta, con buena presencia. Alguien organizado, eficaz y resolutivo en su trabajo.

Este peculiar psicópata se considera muy peligroso. Aún se desconoce la relación entre las víctimas, por lo que se alerta a todas las mujeres de entre diecisiete y treinta y cinco años que vivan en esta ciudad, guarden especial cuidado de quedarse solas o con desconocidos en la noche.

Informa: Meritxell Borges. *Maze News*.

Era más que suficiente para el avance digital, y definitivamente no quería escribir más sobre el tema. Le eché un último vistazo, antes de darle a la opción «enviar» en el correo electrónico. Suspiré y levanté la cabeza, encontrándome con unos jóvenes ojos que me observaban con curiosidad.

¡Estaba completamente despatarrada en el suelo! Me puse en pie de un brinco y me subí a mis tacones, después de colocar el portátil en el suelo.

—Ho… hola, dis… dis… disculpa, no sabía que había alguien aquí abajo. —Juraría que había tartamudeado.

—Hola —dijo un tímido y sonriente muchacho que se acercaba para darme la mano—. Me llamo Jordi, llevo una semana trabajando aquí. Mi primera «labor» es poner en orden este pequeño desastre y digitalizar todos aquellos archivos —dijo señalando dos pilas de metro y medio de papeles.

—Uf, mucha suerte entonces. —Le tendí yo también la mano y le sonreí—. ¿Llevas aquí todo el tiempo? No te vi cuando llegué.

—Sí. Te vi entrar y sentarte en el suelo. Supuse que si habías decidido bajar a esta especie de mazmorra es que necesitabas algo de silencio, así que decidí no interrumpirte.

—Gracias. —Me ruboricé. ¿Cuánto habría visto en mi despatarre?

— Yo me llamo Meritxell, y ahora mismo trabajo para la sección de sucesos cubriendo un triple homicidio, aunque bien me gustaría poder estar donde me encontraba hace un año. Entonces me dedicaba al departamento de Eventos y escribía sobre cualquier fiesta o inauguración que hubiese en el país… al menos eso me dejaba dormir —dije refunfuñando, más para mí que para él.

No había mucha luz en aquel sótano, pero pude distinguir unos enormes ojos azules que me miraban con curiosidad.

Volví a sonreírle y recogí todos mis trastos antes de subir escaleras arriba. Él vino detrás de mí, hablándome por el camino como si me conociese de toda la vida. Ariadna me miró mientras su boca se abría prácticamente hasta el suelo. Se acercó donde yo estaba y, sonriendo a Jordi, me arrastró del brazo hasta el *office*.

—¡¡Se puede saber qué hacías en el sótano con Jordi!!

—¿Habías visto antes a Jordi? ¿Pero yo en qué mundo vivo? Acabo de conocerlo.

—Sí, ya veo que lo has conocido en profundidad —dijo sacudiendo mi vestido, a la altura del trasero, donde se había quedado un cerco lleno de polvo—. Yo apenas he cruzado un «hola» y un «adiós» con él y tú pareces habértelo pasado muy bien ahí abajo.

—¡Por Dios, Ariadna! ¿Cómo puedes pensar eso? ¡No es más que un crío! Bajé al sótano a escribir mi reportaje para la tirada digital, no podía concentrarme con esta algarabía de aquí arriba.

Me miró incrédula.

—Vamos, ¿por qué no me acompañas? He de ir a visitar al inspector Alvarado, debo estar en su despacho dentro de cuarenta minutos exactamente —le rogué a mi amiga.

—No puedo, cielo. Debo dirigirme a mi entrevista con Yago Rey, ya sabes, me va a pasar información sobre la amenaza de bomba del metro que hubo ayer. Espero que con esto me pasen de una vez a sucesos.

—¡Te regalo este puesto, no tiene nada de bueno! Yo preferiría cubrir el preestreno de un film, o una gran obra de teatro con algún famoso. ¡Esto es un rollo!

—Si quieres puedo acompañarte yo. —Oí una voz varonil que me sonaba de algo. Me giré y ahí estaba Jordi, sonriente.

—Ay sí, Jordi, acompáñala tú o se echará a temblar desde que entre en el despacho del inspector. Entre tú y yo, realmente odia la comisaría. Le da pesadillas.

—¡Ariadna! ¿Podrías dejar de despotricar sobre mí? Estoy justo

aquí, ¿recuerdas? —dije dándole un codazo—. Pensé que tenías que digitalizar dos toneladas de papeles. —Me dirigí esta vez a aquellos ojos azules, permitiéndome echarle un vistazo rápido al resto de aquel cuerpo… ¿qué edad podía tener aquel chico? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete?

—Bueno, el señor Suárez me encomendó que ayudase en todo lo que pudiera el primer mes, que era importante el asunto del archivo pero que valoraría mi disposición a colaborar con mis compañeros.

Lo miré incrédula, ¿qué pensaría Miguel si dejara que un criajo metiese las narices en un caso tan importante?

—No sé, Jordi…

—Prometo que no te molestaré. Cargaré con el portátil y escribiré lo que me digas, puedo llevar la cámara de fotos si fuera necesario, se me da bien.

¿Por qué tenía que hacer yo de niñera? Refunfuñé y finalmente acepté, lo que me vino divinamente porque odiaba conducir por la ciudad a esas horas del medio día y no pensaba sacar mi BMW de su aparcamiento.

Me subí en el Toyota Aygo color negro de mi nuevo compañero y abrí mi portátil. Podía aprovechar los cuarenta minutos del trayecto para darle un adelanto al reportaje. Debía encontrar entre todos aquellos archivos alguna foto poco ofensiva y macabra, tarea ardua teniendo en cuenta el material del que disponía en estos momentos.

Por alguna razón, aquel chaval creyó que lo escucharía por el camino y no dejaba de hablar, así que a los diez minutos desistí y cerré el PC.

—Terminé hace alrededor de cinco o seis años la carrera, pero no he hecho más que tontear. Hice con algunos amigos una revista alternativa, pero me aburrí… me apetece centrarme en algo más… adulto.

—¿Y se puede saber qué añitos tienes? Si no es inconveniente —lo interrumpí, me picaba la curiosidad.

—Bueno, tengo treinta y dos añitos.

—¿En serio?

—Sí, ya sé que tengo cara de crío, pero no lo soy —dijo refunfuñando—. Todo el mundo me toma por el pito del sereno debido a mi cara angelical.

Sonrió y me guiñó un ojo. ¡Era mayor que yo! Ahora me sentía algo estúpida por creer que hacía de niñera. Aunque, bien pensado, yo era más adulta que él, o al menos eso parecía. Llevaba ocho años

trabajando en aquel periódico. Había empezado como becaria, sacando fotocopias y transcribiendo textos al ordenador, lo que me había ayudado a mejorar tremendamente mi mecanografía y a financiarme la carrera. Poco a poco fui mereciendo puestos mejores, hasta que caí en sucesos.

www.chicklit.tombooktu.com

AUTORA:

Ana González Duque es licenciada en Medicina. En 1994 ganó el primer premio de poesía Félix Francisco Casanova y en 1995 el segundo premio de poesía Juventud y Cultura de Canarias. Las guardias y el estrés laboral la apartaron de la poesía hasta 2008, año en que descubrió la Anestesia y abrió un blog firmando como la Doctora Jomeini. Tiene cientos de seguidores. Colabora con webs profesionales escribiendo artículos de Ciencia y Anestesia.

Un quirófano es un submundo de emociones que explotan cuando el paciente cierra los ojos. Bienvenidos al lado oscuro del quirófano...

La doctora Jomeini no sabe lo que le espera ahora que ha elegido hacer el MIR de Anestesiología en Madrid. Y es que a esta chica le sale todo al revés... Tras decidir empezar a escribir un blog a raíz de la ruptura con su novio, comienza su aprendizaje intensivo como anestesista. Así, en esta novela, se mezclan el día a día de una joven que inicia su andadura profesional y sentimental, con el lado oscuro de los quirófanos: los fallos, triunfos y demás historias que rozan el corazón – después de todo, humano – de nuestra doctora protagonista.

La novela posee un estilo desenfadado y directo con un tono que a veces se acerca a la ironía sutil. Por su estructura en forma de diario recuerda la frescura de una de las pioneras en el género *Chicklit*, Helen Fielding, autora de *El diario de Bridget Jones*.

OTROS TÍTULOS TOMBOOKTU:

t twitter.com/tombooktu
f facebook.com/tombooktu
tombooklu.blogspot.com

tombooktu.com